

FBI

**Esta es
nuestra
TUMBA**



**LEWIS
HAROC**



LEWIS HAROC

**ESTA ES
NUESTRA TUMBA**



DERECHOS RESERVADOS
© EDITORIAL ROLLAN. Madrid, 1960
PRINTED IN SPAIN



EDIFICIO ESPAÑA.—MADRID

N.º Rgto. 866.—1960

DEPÓSITO LEGAL. M. 3844.—1960

José Riva Alonso - Impresor - Quilones 1 - Tel. 3448 51

I

EN el cielo no parpadeaba ni una sola estrella.

Negras nubes corrían en dirección a la costa, empujadas por algunas ráfagas de aire frío, procedente del mar.

Pero, a pesar de la inclemencia del tiempo, la playa no estaba por completo solitaria.

Un hombre permanecía en ella, procurando confundir su silueta con el macizo de rocas que se alzaba en un extremo de la superficie arenosa.

La gabardina abotonada hasta el cuello, el sombrero calado hasta los ojos y la oscuridad reinante, se confabulaban para ocultar sus características personales.

Evidentemente, estaba nervioso o preocupado. Tal vez llevaba largo rato esperando, sintiendo caer sobre sus hombros la humedad del mar y comenzaba a impacientarse.

—Ya deberían estar aquí —murmuró.

Las ráfagas de aire aumentaban en violencia, levantando algunos remolinos de arena ante él, y una maldición ahogada brotó de los labios del desconocido.

Era sumamente molesto estar esperando en una noche como aquélla en la solitaria playa de la isla canadiense de Vancouver, azotada implacablemente por el viento del Océano Pacífico.

Pero no podía evitarlo, porque, precisamente, aquella noche era la elegida por otras personas que tenían autoridad para obligarle a permanecer allí, le gustase o no.

Volvió a mirar el reloj de esfera luminosa.

—Las once ya —murmuró—. ¿Cuánto tardarán aún?

Transcurrieron todavía unos minutos antes de que el lejano ruido de un motor que se acercaba desde el mar llegase a sus oídos.

—Ya están aquí —murmuró—. Ya era hora. Comenzaba a congelarme.

Aguzó la vista, intentando horadar las tinieblas en la dirección de donde llegaban hasta él el ruido del motor, pero éste cesó, sin que la espesa oscuridad le permitiese descubrir su procedencia.

De pronto, un largo trazo azul ascendió hasta el cielo, como surgido de la superficie del Océano, y a su débil luz, el hombre que esperaba en la playa distinguió una pequeña embarcación que danzaba sobre las olas, frente a la playa.

Seguro ya de que se trataba del motivo de su espera, el hombre sacó una linterna del bolsillo de la gabardina, que apagó y encendió varias veces, con cortísimos intervalos de luz y sombras.

Luego esperó.

Un nuevo ruido, un rumor más bien, llegó hasta él y una lancha de remos, ocupada por dos hombres, surgió de la oscuridad que envolvía el mar, como un fantasma lento y silencioso que surcase las aguas en dirección a la playa.

—Maskelyne, ¿estás ahí? —preguntó una voz—. Soy Coote.

—Aquí estoy —repuso el interpelado, avanzando hacia ellos—. Si tardáis unos minutos más, me encontraréis convertido en un trozo de hielo.

La lancha varó en la arena y uno de los hombres que la ocupaban se enderezó en ella.

—Vamos —dijo—. No hay tiempo que perder. El mar se está enfureciendo por segundos.

Maskelyne gruñó al chapotear sus pies en el agua del mar. Dijo algo al respecto, y Coote repuso, irónico:

—Lo siento, hombre. Se nos olvidó la alfombra.

Recogió el pequeño maletín que le tendía Maskelyne y ayudó a éste a subir a la lancha.

—En marcha, Watts —ordenó.

Pero la lancha estaba embarrancada en la arena y Coote permaneció indeciso unos segundos.

La marea estaba subiendo, pero no podían esperar tanto tiempo y, al fin, se decidió a saltar del bote y empujarle hacia el mar, con el agua por las rodillas.

Cuando la lancha flotó en el agua saltó a ella, acomodándose junto a Watts, y empuñó uno de los remos, ayudándole en la tarea

de adentrarse de nuevo en el mar.

La oscuridad eran tan impenetrable que apenas podían distinguir el borrón de sus rostros a pesar de la corta distancia que los separaba.

La lancha avanzaba lentamente por la superficie de las aguas rizadas por el viento. El silencio a su alrededor era absoluto.

Durante unos minutos los dos hombres remaron con energía. Luego Coote descansó un instante, que aprovechó para emitir un penetrante silbido.

Una luz se encendió parpadeante a corta distancia, y los remeros enderezaron inmediatamente.

La lancha se había desviado un poco hacia la izquierda, y los remeros enderezaron inmediatamente el rumbo en dirección al punto donde había brillado la luz.

Poco a poco, la silueta de un pequeño barco surgió de la oscuridad y al mismo tiempo se hizo audible el leve rumor de sus máquinas.

Coote dejó de remar. Las siluetas de dos hombres se perfilaron sobre la borda de la embarcación.

—¿Le traéis? —preguntó una voz ronca en la oscuridad.

—¡Hola, Straham! —saludó alegremente, Maskelyne—. Aquí me tenéis otra vez.

La lancha se detuvo junto al costado del barco y los tres ocupantes subieron a cubierta, no sin cierto trabajo, a causa del movimiento que el oleaje imprimía a ambas embarcaciones.

La lancha, fué izada a cubierta, y Straham ordenó:

—En marcha Scrafton. Rápido.

El ruido del motor de aceite pesado que impulsaba el barco aumentó en intensidad y éste comenzó a moverse, adquiriendo velocidad a medida que se alejaba bravamente mar adentro.

Maskelyne resopló. Straham iba tocado con una gruesa pelliza con cuello de piel y no parecía notar la frialdad de la noche, pero dijo:

—Vamos abajo.

Bajó la cubierta escalera de la sentina, seguido de Coote y Maskelyne, y no tardaron en encontrarse en un camarote de reducidas proporciones, iluminado por una lámpara de petróleo.

Straham despojóse de la pelliza y Maskelyne se dejó caer en un

sillón, desabrochándose la gabardina.

—¿Cómo habéis tardado tanto? —preguntó—. Llevaba más de media hora en esa maldita playa. Me he quedado congelado.

Straham sonrió.

—Pronto entrarás en calor —dijo.

De un armario sacó una botella y tres vasos, que colocó sobre la mesa, escanciando un poco de licor en ellos.

—Brandy —dijo a Maskelyne—. Te vendrá bien.

Aquéel tomó el vaso, ingiriendo un sorbo de su contenido y levantó la vista hacia Straham, que permanecía, en pie junto a la mesa.

—¿Hubo dificultades en Astoria? —preguntó.

—No —replicó el hombre que mandaba el barco—. Todo va bien.

Maskelyne sonrió y bebió de nuevo.

Era un hombre de exigua humanidad.

La desabrochada gabardina permitía comprobar que su delgadez, casi esquelética, estaba acorde con su corta estatura. La frente era ancha y debajo de ella brillaban dos ojos pequeños, inquisidores y decididos. Tenía los labios finos, y una perilla, recortada en punta, adornaba su barbilla, dándole cierto aspecto de chivo viejo.

—¿Cómo están las cosas? —preguntó—. ¿Habéis terminado ya con ese tipo?

—No —replicó Straham—. Queremos que tú lo observes unos días.

Los tres hombres encendieron sendos cigarrillos.

—¿Es cierto que se parece tanto a mí? —preguntó Maskelyne.

—Sí. Por eso has sido elegido, a pesar de todo. Juzga por ti mismo.

Coote sacó cuatro fotografías que puso sobre la mesa. Todas ellas representaban al mismo hombre de frente y de perfil.

—¡Es extraordinario! —exclamó Maskelyne—. Juraría que soy yo mismo.

—Pero sin la perilla —apuntó Straham—. Tendrás que afeitártela.

Maskelyne afirmó con la cabeza.

El barquito luchaba bravamente contra las olas, pero los

bandazos que daba eran cada vez más fuertes.

—El mar se está encrespando murmuró Coote.

—Mejor —repuso Straham—. Así no habrá obstáculos para desembarcar.

—Bueno —gruñó Maskelyne—. ¿Qué os parece si me explicáis con más detalle de qué se trata? Recibí vuestra carta y la oferta, pero, aparte de esto, no sé más que vagamente en qué pensáis emplearme.

—No puedo decirte gran cosa —replicó Straham—. Se me ha ordenado que te desembarque en Astoria, y no sé casi nada más, pero aquí tengo instrucciones para ti. Toma —agregó, entregándole un sobre que sacó de un bolsillo de la pelliza.

Maskelyne leyó rápidamente su contenido y acto seguido prendió fuego al papel con la llama de su propio encendedor.

—Son las órdenes —dijo mirando a los otros—. Debe de tratarse de algo muy gordo, cuando está rodeado de tanto sigilo.

—Y por haberte elegido a ti —apuntó Coote—. Te han expulsado ya por dos veces de los Estados Unidos, Si el
F. B. I.

, te atrapa de nuevo, vas a pasarlo mal.

—No volverán a cogerme —masculló Maskelyne—. Los años me han tornado más cauto. A pesar de todo... En cuanto termine este asunto, no volveré a poner los pies en América. Me marcharé a... a Australia —terminó.

En la escalera de la sentina resonaron los pasos de un hombre y Watts apareció en la puerta del camarote.

—Astoria a la vista —anunció—. ¡Uf, vaya frío que hace arriba!

—Echa un trago —le invitó Straham.

Se puso en pie y avanzó hacia la puerta, dispuesto a abandonar el camarote. Maskelyne le imitó, pero Straham se volvió hacia él.

—Espera. No creo que haya dificultades, pero, por si acaso, no salgas de aquí hasta que yo te avise.

Era alto y fuerte. Un verdadero ogro, de rostro grande y duro. Sus labios eran gruesos y las abultadas mejillas taponaban casi por completo los pequeños ojos.

Subió a cubierta seguido de Watts y comprobó de una sola mirada que el mar estaba bastante agitado.

Las olas no alcanzaban cuatro pies de altura, pero el barco era

muy ligero y danzaba sobre ellas, aunque seguía avanzando en línea recta hacia la costa.

Un poco a la derecha, a través de la niebla que se alzaba de las aguas, se divisaba el resplandor de las luces de Astoria. El timonel manejaba la rueda con mano firme.

—Un poco a la izquierda —gruñó Straham—. Hacia aquel promontorio.

Un largo cuchillo de tierra penetraba en el mar, como avanzado e inmóvil centinela de piedra. Scrafton apuntó la proa hacia él y el barco continuó la marcha con todas las luces apagadas.

—Avisa a Maskelyne —dijo Straham a Watts.

Éste se apresuró a cumplir la orden. Cuando el polaco se encontró junto a Straham, la nave estaba a un cuarto de milla de la costa.

Maskelyne escupió una sarta de maldiciones mientras procuraba a mantenerse el equilibrio, agarrándose donde podía.

—Para el motor, Scrafton —volvió a ordenar Straham.

El ruido procedente de las entrañas del barco se apagó.

—¿Hemos llegado? —preguntó Maskelyne.

—Sí. ¿Llevas algún arma?

Maskelyne repuso afirmativamente. Straham le entregó unos papeles en la oscuridad.

—Toma, tu documentación —dijo—. Hasta el momento oportuno, serás Albert Brade, comerciante de Portland.

Entre Watts y Coote echaron otra vez la lancha al mar. El barco se había aproximado a doscientas yardas de la costa y los dos hombres ocuparon el bote, preparando los remos.

Maskelyne estrechó Ja mano de Straham y se acomodó entre ellos.

La lancha se alejó hacia la costa. Straham la vio perderse en Ja oscuridad y durante unos minutos esperó con los nervios en tensión.

Junto a la negra mole del peñascoso cabo, abríase una pequeña ensenada solitaria. A los dos remeros le costó cierto trabajo alcanzarla, debido a la intensa marejada, pero al fin lo consiguieron y Maskelyne saltó a tierra, con su maletín en la mano.

Al mojarse otra vez los pies, volvió a gruñir, pero los otros no hicieron caso de él.

Esta vez le tocó a Watts empujar la lancha hacia el mar.

—Buena suerte —deseó a Maskelyne, mientras saltaba de nuevo a la frágil embarcación.

El polaco contestó con un gruñido y examinó el lugar donde se encontraba. El cabo se alzaba a su izquierda, sombrío e impenetrable como el pinar que crecía frondoso detrás de la estrecha playa, cerrándola en amplio semicírculo.

Avanzó hacia los árboles, recordando el contenido de la nota que le había entregado Straham.

Tenía que atravesar el pinar y alcanzar la carretera de Astoria a Newport, que debía de seguir hacia la derecha, hasta encontrar el automóvil que le estaría esperando.

El pinar era espeso, y dentro de él, la oscuridad era casi absoluta, pero Maskelyne no encendió ninguna luz, a pesar de lo cual no tardó en encontrarse en la carretera.

No llovía, pero el asfalto estaba húmedo a consecuencia del relente que llegaba del mar cargado de agua.

Maskelyne avanzó a buen paso y, medía milla más allá, distinguió el bulto de un automóvil detenido al borde de la carretera.

Mirando receloso a su alrededor, avanzó hacia él.

Nada anunciaba que su regreso a los Estados Unidos hubiese sido descubierto por los sabuesos del
F. B. I.

, pero no ignoraba que los agentes de aquella institución eran tan duchos o más que él en el arte de hacer las cosas con sigilo.

Un hombre permanecía inmóvil detrás del volante. Al parecer, estaba dormitando, pero apenas oyó los pasos de Maskelyne sacó la cabeza por la ventanilla mirando hacia atrás.

El polaco llegó a su lado. Durante un par de segundos guardó silencio. Luego dijo:

—Hace mucho frío esta noche, ¿no le parece?

—Sí, pero mañana tal vez haga más aún —repuso el otro—. ¿Qué tal el viaje? —preguntó a continuación.

—Bien —replicó Maskelyne, exhalando un hondo suspiro de alivio.

—Suba atrás.

Maskelyne posó la mano en el tirador de la puerta, pero antes de que llegase a abrirla se oyó un ligero ruido a su espalda.

Rápido como el pensamiento volvió la cabeza y tuvo que hacer un violento esfuerzo para no lanzar una exclamación de sorpresa.

Un hombre atravesaba la carretera, avanzando en dirección al Ford.

El chorro de luz de la linterna que sostenía en su mano izquierda envolvió a Maskelyne y al conductor del vehículo, que cerraron los ojos deslumbrados.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el recién llegado—. ¿Qué hacen detenidos aquí a estas horas?

Los dos hombres cambiaron una rápida mirada. La mano derecha del conductor deslizóse con disimulo hacía la sobaquera opuesta.

—¿Y quién es usted para preguntarlo de ese modo? —repuso, en tono poco amistoso.

—El *sheriff* de este condado —replicó su interlocutor—. Estoy haciendo mi última ronda de la noche. Vamos. ¿Quiénes son ustedes? ¿Tienen documentos?

Los dos hombres lanzaron un imperceptible suspiro de alivio y la mano del chófer se apartó de la culata del arma que empuñaba.

Tal vez habían supuesto que aquel hombre constituía la vanguardia de fuerzas superiores en número, movilizadas para capturarlos.

—Bueno, ¿es que no oyeron mi pregunta? —inquirió de nuevo.

Maskelyne tuvo una súbita inspiración.

—Claro que sí, *sheriff* —repuso con una sonrisa—. Me llamo Albert Brade y soy comerciante. Vivo en Portland. Tuvimos una avería y...

—No me venga con mentiras —replicó el representante de la ley—. Todavía no ha habido quién me la dé a mí. Acabo de verle llegar de la playa. Vamos. Su documentación.

—Nada más fácil —replicó Maskelyne—. Ahí la tiene usted —agregó, sacando la que Straham acababa de darle.

Conan enfocó la linterna hacia el carnet de la Cámara de Comercio de Portland, comparó el retrato con el rostro de Maskelyne y lanzó un gruñido al devolverle aquél.

—Está bien —dijo—. Pueden continuar, aunque aún no me explico qué diablos hacía usted en la playa a estas horas.

—¿Hay alguna ley que lo prohíba? —preguntó Maskelyne.

—No; pero no deja de ser extraño.

—Es una recomendación de mi médico —dijo el polaco con ironía, guardándose el carnet—. Adiós, *sheriff*.

Subió al vehículo y el conductor puso el motor en marcha, alejándose carretera adelante.

El *sheriff* los vio perderse a lo lejos y el otro se volvió hacia Maskelyne, que fumaba tranquilamente retrepado en el asiento posterior del Ford.

—Tiene usted sangre fría, amigo —dijo—. Ya iba ya a comenzar a disparar.

—No nos conviene hacer ruido —replicó el polaco—. ¿Dónde me lleva?

—No tardará en verlo. Estamos cerca.

II

EL bronco y largo silbido de las sirenas del arsenal de Portland, resonó en la paz de la tarde, anunciando el fin de la jornada.

Una fina llovizna se desplomaba sobre la tierra, charolando los tejados y el asfalto de la ciudad, que se miraba en el sucio lecho del río Columbia, engrosado por las lluvias.

Un tropel de obreros abandonó el trabajo, avanzando a buen paso hacia Portland.

Muchos de ellos disponían de automóvil o bicicleta. Otros se acomodaron en los autobuses que esperaban a la salida del arsenal y no pocos se decidieron a utilizar la firmeza de sus piernas para salvar aquella media milla de distancia que los separaba de la ciudad.

Sidney Hornby iba en este grupo y caminaba a buen paso.

Era de pequeña estatura y escaso de carnes y el frío debía de afectarle más que al resto de sus compañeros, pues avanzaba encogido dentro del abrigo, demasiado largo para él.

Portland estaba ya a la vista y el grupo de obreros comenzó a disgregarse por las calles inmediatas a la ciudad.

Hornby penetró en un bar con dos hombres más y se acercaron al mostrador, pidiendo algo de beber.

Los ojillos de Sidney buscaron a alguien entre la concurrencia y su mirada se animó al ver al hombre que avanzaba hacia él, abriéndose paso a través de la concurrencia.

—Hola, Hornby —dijo—. ¿Ha pedido algo? Ya veo que sí —agregó, señalando las tres copas que había sobre el mostrador—. ¿Tiene apetito? ¿Qué tal le vendría un perro caliente?

Mornby sonrió tímidamente. Llevaba solamente quince días

empleado en el arsenal y, aunque le pagaban bien, todavía no había logrado sacudirse el atranco económico producido por los cuatro meses que estuviera sin trabajo.

Tenía pocos amigos entre sus compañeros, debido a su carácter retraído, y aún no lograba explicarse cómo había surgido su amistad con aquel hombre a quien no conocía una semana antes.

Lo único que le interesaba era que aquél parecía disponer de dinero y que pagaba lo que consumían en bar, adelantándose siempre.

Claro, que no sabía nada de él, excepto que se llamaba Dumfries. Se lo había dicho él mismo y tal vez fuese cierto, pero un hombre como aquél tenía que ser forzosamente un caballero.

—Tengo una buena noticia para usted —dijo Dumfries—. Creo que le he encontrado un empleo más adecuado que el que tiene.

—¿De qué se trata? —preguntó Hornby.

—Es para guardar un chalet en Columbia Distric. Es de un amigo mío que se marcha a Francia a pasar una temporada.

—¿Es trabajo seguro?

—Sí. Creo que debemos de ir a verle ahora. ¿Qué le parece?

—De acuerdo.

Hornby estaba deseando poder dejar su modesto empleo en el Arsenal y no quería demorar la entrevista con el amigo de Dumfries, temiendo que otro se le anticipase.

Éste pagó la consumición y ambos salieron a la calle. Un taxi estaba detenido un poco más allá del establecimiento y Dumfries se acercó a él.

—¿Está libre? —Preguntó.

El conductor repuso afirmativamente, y cuando los dos hombres se hubieron acornado en el vehículo, preguntó:

—¿Dónde vamos?

Dumfries le dio unas señas Hornby, retrepado en el asiento, no pudo captar la mirada de inteligencia que se cruzó entre ambos.

Poco después, las luces de Portland quedaban atrás, y el taxi penetró en campo abierto, para tomar la carretera de Columbia Distric.

Sin embargo, unos minutos más tarde, Hornby frunció el ceño al comprobar que no se detenía en ninguna de las calles del distrito, flanqueadas por jardines y chalets.

—¿No me dijo que su amigo vivía aquí? —preguntó a Dumfries.

—Sí. Llegaremos pronto.

El suburbio quedó atrás, y el automóvil viró hacia la izquierda, metiéndose por un camino bastante deteriorado.

Las luces de los faros iluminaban un paisaje desolado, solitario y triste bajo la llovizna.

Una luz brilló de pronto ante ellos y Hornby tuvo la esperanza de que fuese el punto de destino, pero el taxi pasó de largo por delante del ramal que, al parecer, con duda hacia ella.

—Oiga —dijo a Dumfries—. Por aquí vamos derechos al río.

Dumfries sonrió, tranquilizador.

—Antes llegaremos al chalet —aseguró.

—¡Narices! —explotó el obrero, sin poder contenerse—. Por aquí no hay ningún chalet. Esa casa que acabamos de pasar es la última. Conozco muy bien esto y...

Dumfries dejó de sonreír. La frialdad que apareció de pronto en sus ojos obligó a Hornby a guardar silencio y a rebullirse inquieto, mirando alternativamente a su acompañante y al conductor del vehículo.

—¿Dónde... me llevan? —preguntó, tragando saliva.

—Ya se lo he dicho —repuso Dumfries—. Vamos a ver a mis amigos.

Hornby guardó un corto silencio. Pasóse la lengua por los labios y repuso con voz ronca, como si, de pronto, la conciencia de que corría un peligro ignorado hubiese despertado en él un terror indomable:

—Volvamos a Portland No quiero...

Por toda respuesta, Dumfries inclinóse hacia el conductor.

—Más aprisa, Watts —dijo.

Aquellas palabras denunciando la complicidad que existía entre los dos hombres, convenció a Hornby de que se había metido en una peligrosa situación.

—No quiero seguir —chilló—. Vuelvan a Portland.

El conductor lanzó una corta e hiriente risita que heló la sangre en las venas al desdichado Hornby.

—Quiero apearme aquí mismo —volvió a chillar—. No quiero seguir adelante. ¡Detenga el coche!

Se abalanzó hacia el conductor y le zarandeó por los hombros

con violencia.

El automóvil describió dos o tres cerradas ese sobre el camino embarrado, pero Dumfries aferró a Hornby por la cintura y tiró de él con fuerza, derribándole otra vez sobre el asiento.

—¡Quieto! —Gruñó con voz amenazadora, perdida ya toda paciencia—. ¡Quieto, si no quieres que te ate!

Le aplastó debajo de su peso. Hornby le miró aterrado y comenzó a temblar al cerciorarse de que sus anteriores aprensiones no habían sido vanas.

—¿Qué quieren de mí? —gimió con voz ronca y mansa—. ¿Qué van a hacer conmigo? No puedo darles nada. Soy...

—Un desgraciado —fe interrumpió Domines—. Ya lo sabemos —seguro ya de la sumisión de su víctima, le soltó, agregando—: No intentamos hacerle daño. Ya le he dicho que sólo pretendo proporcionarle una buena colocación.

Hornby se tranquilizó un poco, porque no acertó a percibir la ironía que encerraban las últimas palabras de Domines.

El vehículo rodó todavía un buen trecho. El campo era cada vez más triste y solitario y, al fin, el conductor detuvo el taxi.

—Hemos llegado, Summers —dijo volviendo la cabeza hacia atrás.

El terror volvió a apoderarse de Hornby. Ahora estaba seguro de que los dos hombres se conocían y el taxi estaba estacionado a propósito ante el bar, esperándoles a ellos.

Por otra parte, el hombre a quien él conocía por el nombre de Dumfries no se llamaba así, sino Summers, y Hornby se preguntó por qué motivo le había engañado, dándole un nombre falso.

Sintió un frío espantoso en la medula espinal, como si un gusano largo y helado le subiese a lo largo de la espalda.

—¡Baje! —ordenó Summer.

La orden, perentoria y seca, no le dejó meditar. Cuando el conductor abrió la portezuela del taxi, Hornby se tiró de él.

Su intención era huir a la carrera apenas poner los pies, sobre el encharcado suelo, pero Watts le incrustó en los riñones un objeto duro, que inmovilizó al desdichado sobre el barro.

Toda su fuerza se desvaneció de pronto. Tenía la sensación de que el barro se había convertido en un pegamento fuerte y espeso que le impedía moverse del sitio.

Summers bajó tras él, cerrando la portezuela.

—Adelante —dijo—. El chalet de mis amigos está aquí mismo.

No había el menor signo de vida ante ellos. La neblina se enroscaba en las ramas de los árboles, desnudas de hojas, y, más allá, el río Columbia murmuraba fieramente en su cauce.

—No quiero ir —dijo—. Quiero volver a Portland.

El automóvil representaba para él en aquellos angustiosos momentos una relativa seguridad y se negaba a apartarse de él, como si presintiese que era el último signo de vida civilizada que iban a contemplar sus ojos.

Ninguno de los dos hombres le contestó, pero Summers le empujó para adelante.

Hornby se resistió Summers le agarró del brazo derecho y le arrastró unas yardas a pesar de las protestas y la resistencia de su víctima que chillaba y forcejeaba.

Pero no le sirvió de nada. Estaban en un lugar solitario, a un par de millas de la ciudad y lejos de cualquier otro lugar habitado donde pudieran ser oídos sus gritos.

Los músculos y nervios de Hornby al servicio de su desesperación, ofrecían una desesperada resistencia a dejarse arrastrar de allí.

Sus dientes se clavaron con saña en la muñeca de Summers, que lanzó un juramento y le abofeteó, enfurecido.

Los golpes sacaron a Hornby del estado de histerismo en que se encontraba y su resistencia se hizo más fuerte y calculada, a la vez que arremecía en sus gritos en demanda de auxilio.

—¡Maldito seas! —masculle Summers.

No había esperado encontrar aquella resistencia en el frágil cuerpo del hombrecillo y decidió terminar de una vez.

Situóse a espaldas de Hornby y le abrazó por la cintura con el brazo izquierdo, levantándole en vilo, al mismo tiempo que le apretaba el cuello con la mano derecha, intentado abogar sus gritos, pero Hornby no era fácil de dominar en el estado de terror en que se encontraba.

—Dale un golpe —chilló Watts.

Summers soltó su presa, dejándola en el suelo y sacó una pistola de la funda de la sobaquera.

Hornby intentó zafarse de la mano izquierda de Summers, pero

éste no le soltó.

No sin cierto trabajo empuñó el arma por el cañón y descargó un tremendo culatazo en la cabeza del obrero, que cayó de bruces al suelo, privado del sentido.

—Vamos, Watts —gruñó Summers—. Terminemos de una vez. Hemos perdido mucho tiempo.

Los dos hombres se inclinaron sobre el cuerpo inanimado de Hornby.

Pesaba poco y fué tarea fácil para los rufianes salvar las cien yardas que les separaban del río, llevándole asido por los tobillos y por los brazos.

El Columbia, negro y amenazador, se deslizaba rápidamente a sus pies, incrementado su caudal por las últimas lluvias.

Los dos forajidos dejaron a Hornby tendido en el suelo y en pocos instantes le despojaron de la gabardina, la americana y los pantalones, dejándole puesta solamente la ropa interior.

El relente de la noche y la humedad del suelo, devolvieron a Hornby en parte la facultad de razonar.

Tardó unos segundos, en percatarse de lo que estaba sucediendo, pero cuando la terrible verdad volvió a penetrar en su cerebro, intentó ponerse en pie.

No lo consiguió. Un agudo cuchillo manejado por Watts, se hundió en su cuerpo, buscando el camino del corazón y Hornby sólo pudo lanzar un grito de dolor y agonía.

La sangre del infortunado tiñó la hierba, sin que la fina llovizna pudiese diluirla antes de llegar al suelo.

Summers se limpió el sudor que perlaba su frente a pesar del frío y murmuró con voz sorda:

—Vamos. Tenemos que terminar cuanto antes.

Watts extrajo del bolsillo un trozo de cuerda fina, pero resistente, e hizo en ella un nudo corredizo que pasó alrededor del cuello de Hornby, mientras Summers buscaba algo con la vista.

Al fin lo encontró. Apartóse de su compañero de fechorías y no tardó en regresar con una gran piedra.

—¿Será suficiente? —preguntó—. Pesa mucho.

—Yo creo que sí —repuso Watts.

Ató la piedra con el otro extremo de la cuerda, puso aquélla sobre el cuerpo de Hornby y masculló:

—Andando.

Los dos forajidos volvieron a coger el cuerpo sin vida de su víctima y se acercaron con él al río.

Una vez en la orilla balancearon suavemente el cadáver y lo soltaron al mismo tiempo. El cuerpo hendió el aire como un bulto informe y se hundió en el agua con seco chapoteo.

Los dos hombres permanecieron unos segundos en aquel punto, mirando como hipnotizados el punto por donde Hornby se había abierto camino hacia su helada y húmeda tumba, sin llegar a saber por qué había muerto.

Luego se alejaron hacia el taxi, en silencio, llevando las ropas del desdichado.

Ninguno de los dos pronunció una sola palabra. Tal vez, a pesar de tener el alma encallecida en el crimen, la desesperada resistencia de Hornby a dejarse matar, consiguió hacer vibrar alguna cuerda que quizá conservaba cierta sensibilidad en ellos.

Llegaban al taxis cuando la llovizna se convirtió casi de repente en torrencial lluvia, acompañada por un viento fortísimo, que les azotó el rostro.

Durante toda la noche, la lluvia cayó sin cesar.

Negros nubarrones corrían hacia el mar, haciendo fruncir el ceño a Peter Kinney, al contemplar la lenta pero continua subida de las aguas del río.

Los ojos del granjero se fijaban alternativamente en el agua, en el cielo y en el amenazado huerto que circundaba la casa donde vivía.

Si aquello continuaba así, el agua del río no tardaría en anegar sus tierras, sumiéndole en la ruina.

De pronto, dejó de jurar y sus ojos se posaron en un punto del río.

—No es posible —murmuró.

Pero lo era. Algo que parecía ser el cuerpo de un hombre sobresalía de la superficie de las aguas, junto a la orilla, dando vueltas lentamente sobre sí mismo.

—Kate —tronó—. Kate, Ven enseguida.

Su esposa llegó junto a él y Kinney le mostró el objeto que había llamado su atención.

—Parece un cadáver —dijo—. Vamos a verlo. Ambos se

acercaron al río, comprobando que estaban en lo cierto. Era él cuerpo de un hombre lo que flotaba en las aguas.

Estaba semienganchado en unos arbustos que le habían detenido en su carrera hacia el mar y aparecía casi desnudo.

La atención del granjero se distrajo de la catástrofe que le amenazaba, atraída por aquel macabro descubrimiento.

El cuerpo estaba a unas diez yardas de la orilla y se balanceaba a impulsas de la fuerte corriente, amenazando con librarse de un momento a otro de los arbustos que lo sujetaban.

Kinney corrió hacia la casa, regresando poco después provisto de un largo palo cuya punta terminaba en un gancho y lo alargó hacia la corriente consiguiendo enganchar el cadáver por las ropas.

—Ayúdame, Kate —pidió.

Hombre y mujer unieron sus esfuerzos para tirar del cadáver de Hornby, el cual dio media vuelta sobre sí mismo, quedando encallado en el fango de la orilla.

Kinney tuvo que meterse en el barro hasta la rodilla para poder arrastrarlo fuera del lodazal, tirando de uno sus brazos.

—Avisa a la Policía —dijo.

La mujer corrió hacia la casa, mientras su marido contemplaba el cadáver.

Estaba en paños menores y en los pies sólo tenía los calcetines. Era fácil que la violencia de la corriente le hubiese despojado de los zapatos, pero no lo era tanto que le hubiese quitado también la ropa.

Kinney llegó a la conclusión de que aquel pobre había sido arrojado al río, tal y como estaba.

El surco rojizo que presentaba alrededor del cuello y el trozo de cuerda que colgaba de éste, roía por un extremo, le afirmaron en la primera impresión de que había sido arrojado al río.

—Con una piedra al cuello, tal vez —murmuro—. Si no fuese por la violencia del temporal, aún estaría en el fondo.

Acabó de convencerse de que se trataba de un asesinato cuando, al dar la vuelta al cadáver, descubrió una ancha herida a la altura del corazón.

La policía local llegó media hora después, con una ambulancia. Kinney les relató los pormenores del encuentro y Raymons estuvo de acuerdo con él.

—Lo han tirado al río cerca de Portland, seguramente.

La ropa interior del cadáver tenía las marcas de unos almacenes de la ciudad que vendía ropas hechas y Reymonds, una vez cargado el cuerpo sin vida de Hornby en la ambulancia, decidió:

—Enviaré un mensaje urgente a la Policía de Portland.

Y así lo hizo en cuanto llegó al pueblo.

III

LOS dos hombres que ocupaban la estancia, estaban sentados a ambos lados de una amplia mesa de despacho.

Eran las diez de la noche y reinaba a su alrededor una quietud absoluta. Fuera, la lluvia parecía aplastar todos los ruidos de la calle, que llegaban muy atenuados al interior del despacho.

Uno de ellos contaría sesenta años de edad. Su rostro era severo y sus recortadas y firmes líneas le daban un aspecto militar, ratificado por los grises y penetrantes ojos.

El hombre que estaba anta él era mucho más joven y vestía correctamente.

Colbert levantó los ojos del papel que leía y lanzó una bocanada de humo hacia el techo de la habitación.

—Holland —dijo, mirando a su interlocutor—. Le he mandado llamar porque tengo un asunto para usted. Y difícil. De los que le gustan.

Holland prestó atención, avanzando levemente la mandíbula hacia su jefe Colbert continuó:

—Voy a resumirle el informe de la Policía de Portland, que he recibido hace una hora.

Colbert hizo una pequeña pausa y, tras arrancar de su pipa una nueva columna de humo, prosiguió:

—La cosa comenzó hace tres días, cuando descubrieron el cuerpo de un hombre flotando en el río Columbia. Presentaba una puñalada en el costado izquierdo que le atravesaba el corazón y, según parece, le arrojaron al río después de apuñalarle, no sin antes despojarle de las ropas, seguramente para dificultar su identificación.

—¿Se sabe quién era? —preguntó Holland.

—Sí. Un tal Hornby Sidney, empleado en el Astillero —repuso Colbert. Fué arrojado al río con un peso atado al cuello, con la evidente intención de que su cadáver no fuese descubierto tan pronto, pero el temporal rompió la cuerda que sujetaba el peso cuando llevaba en el agua diez o doce horas.

—¿Cómo le identificaron?

—Fué su patrona. Había denunciado su desaparición y lo reconoció inmediatamente.

—Ya —repuso Holland—. ¿Dónde entra en eso el

F. B. I.

?

—Ahora mismo lo sabrá —continuó diciendo Colbert—. La policía averiguó que el muerto trabajaba en el Arsenal y se presentó allí, descubriendo con la sorpresa consiguiente, que el muerto seguía trabajando en su puesto.

Holland sonrió:

—Ya sé que voy a decir una tontería —repuso—, pero eso no puede ser. O no era él, o identificaron mal el cadáver.

—Lo mismo pensó la policía pero de sus investigaciones resultó que, en efecto, el muerto era Hornby Sidney.

—¿Sin lugar a dudas?

—Sin lugar a dudas. ¿Qué le parece esto?

—Para mí está tan claro como la luz del día. Otro hombre está ocupando su puesto. Y nadie mata a otro para ocupar su lugar de trabajo, de forma que debe de haber motivos más graves.

—Suponiendo que quien le ha matado es el que usurpa su trabajo —repuso, el inspector.

—¿Ha hecho algo la policía de Portland en ese sentido?

—Desde luego. Han trabajado bien y con rapidez. Se enteraron de donde vivía el hombre que ocupa el lugar del muerto e hicieron un registro en la habitación de la pensión que ocupa.

—¿Encontraron algo?

—Más que algo. Dinamita pura —afirmó Colbert—. Una pistola del calibre ocho y una serie de huellas dactilares que; conveniente contrastadas, han dado como resultado la aparición en escena de un viejo amigo nuestro. ¿Se figura a quién me refiero?

Holland movió negativamente la cabeza.

—Claro. Es que no puede sospecharlo siquiera. Pues bien. Se

trata de Patricio Maskelyne.

El agente dio un bote en su asiento.

—¡Maskelyne! —exclamó sorprendido—. ¿Están seguros?

—No hay la menor duda.

—Pero... ha sido expulsado por dos veces de los Estados Unidos y...

—La audacia de ese hombre es enorme y no ha vacilado en a una vez más —le interrumpió el inspector—. Seguramente espera sacar un buen bocado de lo que esté haciendo.

Tendió unas cartulinas a Holland y agregó:

—Compare esas fotografías. Una de ellas es la del muerto, sacada de la ficha de control del Arsenal, Las otras son las que poseemos nosotros de Maskelyne. ¿Qué le parece?

Holland contempló ambas fotografías sin pronunciar una sola palabra. En vista de su silencio, Colbert apuntó:

—Tape con la mano la perilla de Maskelyne.

El agente lo hizo así y lanzó un silbido.

—Idénticas —dijo—. El parecido es asombroso. No cabe duda. Bien. La policía ha levantado la caza. Ahora Maskelyne se habrá percatado del registro llevado a cabo en su habitación...

—No se precipite —le interrumpió de nuevo su jefe—. El informe dice que todo quedó tal y como estaba antes del registro. Holland —agregó—. No hay duda de que tenemos metido un peligroso espía en el Arsenal de Portland.

—Bien. ¿Cuáles son las órdenes? —preguntó el agente, poniéndose en pie.

—Ignoramos qué trabajo estará realizando Maskelyne allí, pero parecen ser lo bastante importantes como para justificar la vuelta a los Estados Unidos de un hombre de la astucia y el valor del polaco. No quiero ni pensar en lo que hubiese conseguido si el temporal no llega a poner a flote el cuerpo de ese obrero asesinado, antes de lo que esperaban los que le mataron.

Colbert guardó silencio Tras una corta pausa prosiguió:

—No le detenga inmediatamente. Entérese antes de qué es lo que busca en el arsenal y, si es posible, a quién entrega el resultado de sus investigaciones Es evidente que no trabaja solo.

—¿Cuándo he de ponerme en marcha? —preguntó Holland.

—Lo antes posible, Elija un par de hombres y llévelos con usted.

Presiente que va a necesitarlos. Y otra cosa. Actúen aprisa. Lo que Maskelyne haya descubierto, no debe salir de sus manos... si es que aún está en ellas.

Holland afirmó con la cabeza.

—No hemos publicado el hallazgo del cadáver —dijo el inspector—. Si Maskelyne y sus cómplices confiaban en que no sería descubierto, debemos dejarles en esta creencia para no espantarles. Holland, nunca hemos podido encontrar pruebas contra ese hijo de Satanás, pero tal vez ahora consigamos ponerle frente a un piquete de ejecución.

—Ésa es una de las tres cosas que me gustaría conseguir en esta vida —replicó Holland, estrechando la mano del inspector—. Y le aseguro que por nosotros no quedará.

—Ya lo sé —replicó Colbert, levantándose también—. Tengan presente que el honor del

F. B. I.

está en sus manos.

Holland abandonó el despacho y a la mañana siguiente partía hacia Portland acompañado por tres agentes más.

Una vez alojados en el hotel elegido, Holland se encaminó hacia la Jefatura de Policía de la ciudad, mientras otro agente, Arnie Fordyce se dirigía hacia el astillero para hacer las primeras indagaciones.

Cuando empujó la puerta de las oficinas se encontró con la primera sorpresa, encarnada en una preciosa rubia, de rostro juvenilmente encantador, que sonrió antes de contestar a su pregunta.

—¿Míster Stone? Sí. Haga el favor de seguirme.

Arnie repuso a su sonrisa con otra, comunicado a su rostro, ancho y agradable, la mayor opresión de simpatía que pudo encontrar.

Detrás de la muchacha avanzó por un corto pasillo, admirando de paso la esbeltez de sus piernas y el movimiento cadencioso de sus caleras.

Pero el agradable cuadro que se movía ante el no duró mucho. La muchacha se detuvo ante una puerta y dijo:

—Aquí es. Espere un momento.

Penetró en la estancia y volvió a salir casi inmediatamente.

—Puede pasar —dijo.

Arnie le dio las gracias con una sonrisa capaz conmover a una esfinge de piedra y salvó el dintel de la puerta, que le muchacha cerró a sus espaldas.

Pero no estuvo mucho tiempo allí. Si acaso unos minutos, que le bastaron para realizar una excelente investigación preliminar, y, cuando salió de nuevo, se detuvo ante la muchacha, que tecleaba en una máquina de escribir.

Ella sonrió de nuevo al verle. Su belleza era demasiado perfecta para ser real y Arnie se preguntó si no iría a desvanecerse aquella ilusión de un momento a otro.

Pero nada de esto sucedió... y ella seguía sonriendo, halagada por la contemplación de que era objeto.

Tenía el cabello del color del trigo maduro concordaba con el azul oscuro de sus ojos. La nariz era perfecta y la boca... mejor era no mirarla. Además tenía otras cosas y todas en su sitio y Arnie no sabía dónde detener los ojos.

—¿Se ha quedado mudo? —preguntó.

Arnie lanzó un suspiro.

—De admiración, nena —repuso—. Ese míster Stone es un tipo listo.

—Ya lo creo —repuso la muchacha—. No hubiese llegado a ser el director del Arsenal si...

—No me refiero a eso, sino a otra cosa, monada. Algún día le preguntaré en qué harén busca a sus empleadas.

Ella rió de buena gana.

—¿Se enteró de lo que le interesaba?

—Sí —repuso Arnie—. Bueno. Tal vez necesite alguna información complementaria... algunos datos más. ¿Podría usted facilitármelos?

Ella se puso en pie ante él, mareándole con su perfume y la devastadora mirada de sus ojos.

—Tal vez —repuso—. ¿Qué quiere saber?

—Por ejemplo... el número de su teléfono.

Se acentuó la sonrisa de la muchacha.

—No tengo teléfono —repuso.

—Bueno... ¿Quiere cenar conmigo esta noche?

—No acostumbro a salir con desconocidos.

—¡Oh! Yo no soy un desconocido —repuso Arnie—. Soy casi de la familia. Conozco a míster Stone y... Permítame, Me llamo Arnie Fordyce y...

La muchacha le midió con la mirada, realmente divertida. Vio ante ella un muchacho alto y fornido, de rostro agradable, cubierto con una gabardina de buena calidad. No llevaba sombrero a pesar de la lluvia y su pelo negro y húmedo brillaba a la luz.

—Y, yo soy Cristina de Suecia —repuso con ironía.

—¿No me cree? —preguntó Arnie.

—Cada uno puede decir que se llama como le venga en gana.

—Yo soy quien le he dicho. ¿Sabe leer?

—Deletreando solo, pero me defiendo —replicó ella con causticidad.

—Es suficiente. Mire.

Arnie sacó su carnet y lo abrió ante la chica, que abrió mucho los ojos.

—¿De modo que es usted del F. B. I? —preguntó asombrada.

Arnie se pavoneó, con cierto orgullo.

—Ya lo ve, encanto. ¿Qué dice ahora? ¿Cenará conmigo?

—Lo lamento, pero no puede ser. No vivo en Portland.

—Es lamentable para Portland —repuso el agente y ella lanzó una corta carcajada—. ¿Cómo se llama usted?

—Wilma Sparbuck.

Alguien carraspeó detrás de Ja muchacha. Era un prudente aviso que insinuaba a Arnie que la estaba entreteniendo demasiado.

El agente miró por encima del hombro de Wilma y vio a un hombre joven aún, pero con evidentes muestras de vejez prematura, que les miraba con severidad.

—Ya estamos listos, viejo —dijo y preguntó a Wilma—: ¿Está enamorado de usted o es uno de esos tipos a quienes molesta que los demás hagamos conquistas?

La muchacha frunció el ceño.

—¿Quién ha hecho una conquista? —preguntó—. ¿Usted?

—Claro que sí, monada. Lo crea o no, ya no podrá olvidarme.

Wilma lanzó otra de sus alegres y espontáneas carcajadas.

—Seguro —repuso—. En cuanto cruce usted esa puerta, su ausencia me pondrá inconsolable. Bueno. Tengo que volver a mi trabajo. ¿No se había despedido usted?

—Iba a hacerlo ahora mismo. Adiós, encanto.

Salió del Arsenal llevando impreso en la mente el recuerdo de la muchacha y una sonrisa en los labios.

James Holland le estaba esperando en la Jefatura de Policía, acompañado del inspector Lumer y Arnie les hizo un sucinto relato de las informaciones recogidas en el Arsenal.

—Maskelyne sigue trabajando allí, haciéndose pasar por Horn —dijo—. Su trabajo consiste en recoger chatarra, recortes y desperdicios de hierro.

—No comprendo —murmuré Holland—. ¿Y los demás? Sus compañeros... ¿no se han dado cuenta de que no es él?

El inspector Lumer repuso.

—Hornby sólo llevaba quince días trabajando en el arsenal. Era bastante retraído y tenía pocos amigos. Además, ese tipo debe llevar sus mismas ropas.

—¿Cómo realiza Maskelyne su trabajo? —preguntó Holland.

—Sencillamente, lleva un cubo en el que va echando los trozos de hierro que encuentra por el suelo, valiéndose de una larga tenaza —repuso Arnie—. Según me informaron recuperan así unas diez toneladas al mes de diversos metales.

—¿Cómo se comporta?

—De lo mejor —replicó Arnie—. Solamente han tenido que llamarle la atención una vez. Fué dos días después de estar ocupando el puesto del muerto, si no me equivoco.

—¿Por qué motivo? —preguntó Holland.

—Hay una nave en el arsenal donde se trabaja en algo tan secreto, que solamente tienen acceso a ella los obreros especializados imprescindibles y aun éstos por separado, para que ninguno de ellos pueda relacionar su trabajo con el de los demás.

—¿Qué ocurrió?

—Maskelyne se metió en la nave con su cubo, burlando la vigilancia del guardián —continuó Arnie—. Un ingeniero le echó de allí con cajas destempladas y dio parte a la Dirección. Maskelyne se disculpó diciendo que no sabía que no podía entrar allí y en eso quedó todo.

—Muy interesante. ¿Pudiste enterarte de qué es lo que construyen en esa nave?

—No creí prudente preguntarlo.

—¿Tenía Hornby familia?

—No —replicó el inspector Lumer—. Por eso, sin duda le eligieron a él. Aparte de su gran parecido con ese Maskelyne.

Después de la entrevista, Holland tomó las medidas oportunas para que otro agente, Leslie Grant, vigilase a Maskelyne mientras trabajaba en el arsenal.

Para ello tuvo que fingirse obrero de la factoría y fué agregado al mismo turno que el polaco.

El otro agente ocupó la habitación inmediata a la que ocupaba Maskelyne en la pensión, y, por fin. Arnie y Holland se convirtieron en su sombra mientras estaba en la calle.

De este modo todos los movimientos de Maskelyne eran cuidadosamente comprobados, sin que el polaco tuviese la menor sospecha de ello.

Holland aguardaba con paciencia, y su espera se vio recompensada tres días después, cuando se encontraba en el hotel con Arnie.

El teléfono de la habitación que ocupaban dejóse oír, y el propio Holland empuñó el auricular:

Era el director del arsenal.

—Tengo algo para usted —dijo, cuando se cercioró de la personalidad de su interlocutor—. Ese hombre ha entrado otra vez en la nave.

Holland frunció el ceño.

—¿Con qué pretexto? —preguntó.

—Dice que iba a llevar un recado a uno de los capataces.

—¿Era cierto?

—Sí; pero no tenía importancia. Podía haber esperado.

—Ya —repuso Holland, pensativo—. ¿Permaneció mucho tiempo allí?

—Unos cinco minutos.

El agente dijo a míster Stone que irían inmediatamente a su despacho y el director del arsenal prometió esperarles.

Holland colgó el auricular y se volvió hacia Arnie, que había seguido, intrigado, la conversación.

—Maskelyne volvió a entrar en aquélla dichosa nave —le informó. Le relató cuanto le había dicho Stone, y agregó—: No sé aún lo que están haciendo allí, pero debe de ser algo que le interesa

mucho.

Cogió el sombrero, y Arnie le preguntó:

—¿Vas allá?

—Sí. Puedes venir, si lo deseas.

Arnie pensó en Wilma y decidió que le gustaría ver otra vez a la muchacha.

Camino del Arsenal, Holland murmuró:

—Un hombre puede ver muchas cosas en cinco minutos, pero luego no puede contarlas de forma que resulten aprovechables, así es que...

—Yo he llegado a la conclusión de que ese tipo saca fotografías de lo que haya en esa nave, pero ¿cómo? Es muy expuesto andar por ella con una máquina de fotografiar. Cualquiera podría darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Arnie miró a su compañero cuando acabó de hablar.

—Tendremos que someterle a un registro —dijo Holland—. Por más que... —Se detuvo y posó los ojos en el cogote del conductor del taxi—. Oye, Arnie. De pronto he tenido como una inspiración. Claro está que se trata sólo de una corazonada, pero... creo que ya sé cómo saca ese tipo las fotografías de la nave..., si es que es ése el procedimiento que emplea.

—¿Cómo? —preguntó Forcé.

—No te lo diré hasta que lo haya comprobado. Me pondrías nervioso con tus ironías si fracaso.

No tardaron en llegar al Arsenal. Penetraron en el taxi hasta la misma puerta de la oficina y ordenaron al conductor que esperase.

Wilma estaba en el antedespacho, hojeando unos folios. Levantó la mirada hacia ellos, y Arnie sonrió:

—¡Hola, encanto! —dijo—. ¿Ha pensado mucho en mí?

—¿Quién es usted? —replicó ella—. No recuerdo haberle visto nunca.

Arnie miró a Holland y advirtió en su rostro una irónica sonrisa.

—Queremos ver a mister Stone —dijo Holland—. Nos está esperando.

—Entonces... Aquél es su despacho —dijo Wilma.

—Sabemos el camino.

Avanzaron por el pasillo. Ante la puerta del despacho del director del Arsenal, Holland se detuvo un instante.

—No tienes nada que hacer con esa muchacha, Arnie. Lo siento.

Sonrió burlonamente. Fué a penetrar en la estancia, pero su compañero le contuvo, poniéndole una mano sobre el brazo.

—Un momento, querido. Te apuesto diez dólares a que Wilma habrá salido una noche conmigo, antes de dejar terminado este asunto.

—¿Te crees irresistible? —preguntóle Holland.

—Apuéstate el dinero, roñoso. Ya verás lo que es bueno.

—Apostado —dijo Holland.

Los dos agentes penetraron en el despacho.

Stone se puso en pie al verlos y despidió a su secretario. Holland y Fordyce tomaron asiento unto a la mesa, y el director volvió a explicarles que ya había dicho a Holland por teléfono. Luego esperó su decisión.

—Tengo entendido que, para realizar su labor, nuestro hombre va provisto de un gran cubo, ¿no es así? —preguntó Holland.

—Exacto. Un cubo y una larga tenaza, para coger los trozos de metal —confirmó el director.

—¿Ha salido de la factoría?

—No. Hace apenas media hora que salió de la nave. Exactamente, cuando le telefoneé a usted.

—¿Puede examinar alguien ese cubo, sin que Maskelyne se dé cuenta de ello? —preguntó Holland.

—Creo que sí —repuso Stone—. ¿Qué piensa encontrar?

—Un agujero. Simplemente un agujero.

Arnie silbó al comprender lo que estaba pensando su compañero, pero Stone miró, ceñudo, a Holland.

—¿Un... agujero? —preguntó, como si no hubiese entendido bien.

—Exactamente.

—¿De qué tamaño? —volvió a preguntar Stone con cierta ironía.

—Eso es lo de menos.

—Está bien. Creo que puede hacerse.

Pulsó un timbre, y en respuesta a su llamada apareció Wilma en la puerta. La muchacha posó los ojos en Arnie, sonriéndole, y el agente miró a su compañero con irónicos ojos.

—Haga el favor de ordenar que venga Henrich —dijo Stone.

Wilma salió. Tenía bonitas curvas y sabía moverlas airosamente.

Arnie se pasó la lengua por los labios y exhaló un corto suspiro.

Henrich era el capataz de los recuperadores del Arsenal. Era un tipo alto, recto y alegre, que; asintió vigorosamente cuando Holland le indicó lo que esperaba de él.

Antes de diez minutos estaba de vuelta y se encaró con Holland.

—Estaba usted en lo cierto —dijo—. El cubo de Hornby tiene un agujero. ¿Cómo lo adivinó?

—¿Es grande? —preguntó Holland.

—Una media pulgada de diámetro: —repuso Henrich.

Sentía curiosidad por saber a qué obedecían los extraños movimientos de aquellos hombres a quienes no conocía, pero Holland no se molestó en satisfacerla.

—Gracias —dijo—. Procure que Sidney no se entere de que ha estado usted examinando su cubo.

Cuando salió el capataz reinó un corto silencio en la estancia.

—Bien —dijo Stone—. Ese cubo tiene un agujero. ¿Para qué piensa usted que puede servir?

Holland contestó a su pregunta con otra.

—¿Puede decirme qué construyen en esa nave?

—Un tipo de submarino movido por energía atómica, que revolucionará la guerra en el mar, a causa de su gran independencia. Concretamente, el que estamos construyendo servirá para intentar navegar por debajo del Polo Norte.

Arnie lanzó un silbido de admiración.

—No sería yo quien se metiese en ese cacharro —dijo.

—Yo, en cambio, daría cualquier cosa por formar parte de la expedición —repuso Stone.

Se volvió hacia Holland interrogándole con la mirada, y el agente dijo:

—Mi idea es que ese hombre lleva una máquina fotográfica en el cubo, cuyo objetivo asoma por el orificio. Naturalmente, si es así, en las dos ocasiones en que ha visitado la nave ha sacado cuantas fotografías le haya venido en gana.

El director le miró con la boca abierta.

—No... es posible... No... —murmuró.

Tragó saliva, y Holland se apresuró a tranquilizarle.

—No se preocupe —dijo—; para evitar que pueda entregar esas fotografías estamos aquí.

—No le servirán de nada, sin los planos —dijo Stone.

—Alguien le ha enviado a hacer ese trabajo —repuso Holland—. Y ese alguien no lo habría hecho si no esperase sacar alguna consecuencia de lo que consiga Maskelyne.

Arnie afirmó con la cabeza.

—Y ese bandido ha podido obtener buenas fotografías con sólo pasearse por la nave con un inocente cubo en la mano —masculló—. Tenemos que evitar que nadie se aproveche de ellas.

—Desde luego —repuso Holland—; pero no vamos a detenerle ahora. Será mucho más interesante averiguar quién le paga.

Poco más hablaron con Stone, y los dos agentes abandonaron su despacho. Wilma estaba fuera, trabajando en una máquina de escribir, y Arnie avanzó hacia ella.

—¡Adiós, Esfinge! —dijo—. ¿No se ha ablandado aún ese corazón de piedra, y ha decidido ya salir conmigo?

—Tengo que pensarlo un poco más, pero estoy a punto de aceptar —repuso la muchacha.

—No le pesaría. ¿Se cumplió mi predicción?

—Desde luego. No duermo ni como, pensando en usted —replicó Wilma, con sarcasmo.

—Se le nota en los ojos que pone cuando me mira —contestó el agente—. Hasta la vista, nena.

Wilma apretó los labios, tal vez para no lanzar una carcajada porque en sus ojos relucía una llama que decía gritos que Arnie le gustaba.

Mientras se dirigían hacia la salida de las oficinas, Holland comentó, mirando hacia adelante.

—Es curioso con qué facilidad se le gana el dinero a algunos primos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Arnie.

—A tus diez dólares. Los considero ya como míos.

Su compañero lanzó una risita.

—Estás equivocado, muchacho. Y lo siento. Tú eres un buen chico, Holland; pero no te perdonaré los diez dólares.

—Pero ¿no te has dado cuenta de que esa muchacha no quiere ni verte?

—Tú no entiendes nada de mujeres. Eres un buen sabueso, pero en cuestión de faldas estás a cero. Precisamente ahora es cuando

Wilma va a decidir que merece la pena cenar y bailar conmigo una noche.

Holland lanzó un bufido.

—No tardaremos en saberlo —repuso—. Tengo la impresión de que esto no va a durar mucho.

—No necesito más tiempo —aseguró Arnie—. ¿Crees que conseguiremos averiguar a quién entrega esas fotos Maskelyne? Bueno. Suponiendo que haya sacado fotografías.

—Al menos, lo intentaremos. Tal vez las primeras no estén ya en su poder, pero sí las de hoy. Tenemos que procurar no perderle de vista.

Arnie asintió con la cabeza.

Una guerra fría y sorda, más cruel y solapada que la lucha en campo abierto, comenzaba a desarrollarse detrás de la cortina de niebla que envolvía a la industriosa ciudad de Portland.

IV

A las siete de la tarde, los obreros que componían el segundo turno del Arsenal abandonaron su trabajo y comenzaron a desfilar hacia sus domicilios.

Maskelyne iba entre ellos.

Actuaba con la misma despreocupación que los demás y soportaba sus bromas, aunque, en su fuero interno, los odiaba.

Estaba contento y satisfecho de sí mismo. Había logrado sacar varias fotografías y obtener muchos detalles que pondría en clave en cuanto llegase a la pensión, lo cual le valdría un buen puñado de billetes de los grandes.

Había pasado cuatro días de terrible angustia, temiendo ser descubierto a cada instante; pero, al parecer, nadie se había percatado del juego que estaba haciendo.

Formando parte de un nutrido grupo de obreros, caminaba hacia Portland. De buena gana habría tomado el autobús, pero sabía que el infortunado Hornby, cuyo puesto ocupaba, no lo hacía nunca, y no deseaba atraer la atención sobre su persona.

Un hombre permanecía indolentemente apoyado en Ja primera esquina de la ciudad, como si esperase a alguien envuelto por la niebla.

Maskelyne no se percató siquiera de su presencia, ni advirtió la señal de inteligencia que se cruzó entre él y uno de los obreros que formaban parte del grupo.

Holland echó a andar detrás de Maskelyne, y detrás de él avanzó Arnie a quien se unió Studd, apartándose del grupo de obreros.

En la esquina de la calle Doce, Maskelyne apretó el paso, y Holland le imitó.

No tenía dificultad en seguirle sin ser visto porque la calle

estaba bastante concurrida a aquellas horas, y, por otra parte, Maskelyne no volvió la cabeza ni una sola vez.

De esta forma, el polaco penetró en un amplio mercado y Holland se preguntó si iría a hacer algunas compras.

Mirando hacia atrás vio a Arnie y a Studd detenidos a corta distancia, y penetró en el mercado, tras hacerles una seña de inteligencia.

El mercado estaba lleno de gente. Unas estaban allí haciendo sus compras, pero otras se habían refugiado en él huyendo de la lluvia.

La actitud de Maskelyne, mientras se abría paso entre los compradores, seguido por Holland, daba a entender que no se había percatado de la atención de que era objeto por parte del agente.

Sin el menor interés, acercóse a un puesto de frutas, y examinó las manzanas, pidiendo el comprador que le pesase las que apartó.

El vendedor lo hizo así, entregándole el paquete y Maskelyne, a su vez, abonó el importe de las manzanas. Los ojos de Holland seguían con vivo interés los movimientos de ambos.

Ni un solo signo de inteligencia se cruzó entre ellos, pero una especie de sexto sentido avisó a Holland de que se conocían muy bien, y de que, fuera lo que fuese lo que Maskelyne había obtenido en el arsenal, ya no se encontraba en sus manos, sino en las del otro.

El polaco se alejaba ya del puesto.

Holland dudaba aún, pero, de pronto, decidió que nada perdía con vigilar al dueño del puesto de frutas e hizo una señal a Arnie y a Studd, que se acercaron a él.

—Sigue a ese tipo, Studd —dijo Holland—. Si intenta huir, evítalo por todos los medios, y si habla con alguien, detén a ambos.

Studd afirmó con la cabeza. Se alejó en pos de Maskelyne y Holland no se ocupó más de él, porque Studd conocía su oficio.

Su atención se concentró en el dueño del establecimiento de frutas. Tal vez estuviese equivocado, pero nada perdía con probar, porque Maskelyne estaba en buenas manos.

Arnie se había apartado unos pasos, pero no le perdía de vista.

El dueño del puesto continuó atendiéndolo media hora más. Luego apagó las luces y lo cerró, con gran alivio por parte de Holland.

Holland, acercóse a Arnie.

—Tenemos que vigilar a ese tipo —dijo—. Tengo la sospecha de que Maskelyne le ha dado algo.

El hombre abandonó el mercado seguido por ambos agentes, separados entre sí, y avanzó por la calle con rapidez.

Holland se vio precisado a acercarse más al perseguido con objeto de no correr el riesgo de perderle de vista. Sus ojos estaban clavados en la espalda del hombre que le precedía, dispuesto a no dejarle escapar.

De esta forma llegaron los tres a la estación del ferrocarril del Este. El comerciante acercóse a la taquilla, y Holland lo hizo detrás de él.

—Un billete para Monthood —pidió el otro.

Holland le oyó perfectamente, pero le dejó alejarse unos pasos antes de pedir otros dos billetes para el mismo sitio.

El perseguido penetraba en el andén cuando Holland se acercó a Arnie, entregándole uno de los billetes.

—Mantente alejado de mí en el tren —le dijo—. No te acerques más que en caso necesario o sí te llamo yo. ¡Ah! Y procura no perder de vista a ese hombre.

Los dos penetraron en el andén y allí se separaron de nuevo. El hombre a quien seguían se dejaba hacia la cabeza del convoy y subió a uno de los vagones.

Ambos agentes subieron también, cada uno por un extremo, y llegaron a tiempo de ver cómo su perseguido penetraba en uno de los departamentos.

Cuando el tren se puso en marcha, Holland pasó ante él, mirando con disimulo al interior. El hombre se había acomodado junto a la puerta y parecía enfrascado en la lectura de un periódico.

Holland llegó hasta Arnie y le dijo:

—Está en ese departamento.

Se apartó otra vez de él y ambos quedaron montando la guardia, vigilando el pasillo.

Holland pensó en Maskelyne y se preguntó qué haría Studd. Probablemente nada, porque el polaco seguiría en la pensión.

Sin embargo, estaba equivocado, aunque no podía saberlo.

La pensión donde residía el espía estaba enclavada en un barrio miserable, donde moraba una multitud de escasas posibilidades económicas.

Maskelyne penetró en la pensión y Studd se detuvo a la puerta. El límite de su acción vigilante estaba allí pero dentro de la casa el cuarto agente, llamado Keen, podía continuar la vigilancia sin despertar sospecha.

Studd, sin vacilar un momento, penetró en un bar cercano, introdujo una moneda en el contador del teléfono y marcó un número.

Poco después, Keen estaba al aparato.

—Nuestro amigo acaba de entrar ahí —le dijo Studd—. Ten cuidado con él. Holland sospecha que tal vez intente escapar esta misma noche. Yo estaré en la puerta. Si me necesitas no tienes más que darme una voz.

—¿Qué hago si intenta marcharse? —preguntó Keen.

—La orden es de detenerle —replicó Studd.

Keen colgó el auricular y subió la corta escalera que conducía al piso superior desde el vestíbulo.

El cuarto que ocupaba estaba junto al de Maskelyne, separado de él tan sólo por un delgado tabique, en el cual había practicado un pequeño agujero que le permitía observar una pequeña parte del cuarto vecino.

Cerró la puerta a sus espaldas, observó por el agujero y pudo comprobar que Holland no se había equivocado.

Maskelyne se disponía a abandonar la pensión, no podía distinguir la maleta, pero sí al polaco que iba y venía por la estancia, metiendo cosas en ella.

Keen vio sobre una mesa dos manzanas partidas por la mitad, junto a dos tubos de caucho que, incrustados en el interior de la fruta, habían contenido el premio a la labor de Maskelyne que éste se había apresurado a trasladar a su cartera.

El agujero era demasiado pequeño y los ojos comenzaron a dolerle a Keen, pero al fin vio a Maskelyne dirigirse hacia la puerta con una maleta en la mano y salió de la habitación.

El polaco bajó la escalera y llamó a la dueña de la pensión, que no tardó en aparecer, gruesa y reluciente.

—Deme usted la cuenta —pidió Maskelyne—. Me marchó. Me han dado permiso en el Arsenal. Voy a ver a un hermano que tengo en Salem.

La dueña de la pensión comenzó a hacer un complicado cálculo

mental.

Maskelyne daba muestras de impaciencia y volvió la cabeza al oír bajar la escalera a Keen.

Lo conocía de cruzarse con él en el pasillo y pensaba que nada debía temer de él. Por eso su rostro se ensombreció cuando Keen se situó a su lado diciendo con firmeza.

—Usted no saldrá de aquí.

El polaco tragó saliva. Lo que tanto había temido llegaba al fin, cuando ya se creía dueño del triunfo.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Quién es usted para impedírmelo?

—Un agente del F. B I. —repuso Keen—. Queda usted detenido.

Le arrancó la maleta de la mano sin que Maskelyne ofreciese resistencia y la dueña de la pensión lanzó una exclamación de asombro.

A pesar de la pacífica actitud del polaco, Keen tenía los nervios en tensión, porque conocía su astucia y estaba seguro de que no se resignaría a ser detenido, sabiendo lo que le esperaba.

—¿Por qué me detiene? —preguntó el espía, aparentando, tranquilidad.

—Por varios motivos. Ya se los dirán uno por uno. Llame un taxi, por favor —pidió a *mistress* Croramelin, que presenciaba la escena estupefacta.

La mujer salió de su sorpresa, corriendo hacia la puerta. Maskelyne comprendió que no había salvación para él, pero intentó defenderse.

—Usted se ha confundido, agente —se lamentó—. Esto es un atropello.

—Seguro que usted es Patricio Maskelyne.

—Yo no me llamo así. Mi nombre es...

—Hasta ahora el del desgraciado a quienes ustedes asesinaron y después tiraron al río con un peso en el cuello —masculló Keen—; pero ya es inútil seguir fingiendo. Le aconsejo por su bien que no haga el menor movimiento sospechoso.

Una ira irrefrenable invadió a Maskelyne, cuando se percató de que, durante días y días, había estado vigilado sin darse cuenta de ello.

Sus ojos giraron como los de una fiera acorralada que busca una salida para escapar, pero Keen no estaba dispuesto a dejarse

sorprender y le encañonó con su Luger.

—Será mejor que no intente nada —advirtió—. Vengan esas manos. No quiero correr riesgos.

Maskelyne las levantó poco a poco. Se daba cuenta de la gravedad de su situación y aprovechó el momento en que Keen se disponía a esposarle para imprimir, de pronto, a las manos mayor velocidad.

Sus puños se estrellaron contra la mandíbula del agente, que se tambaleó al recibir el golpe.

Maskelyne se lanzó hacia el fondo del pasillo, seguido por una maldición de Keen, que procuraba mantener el equilibrio.

Lo consiguió cuando el polaco se encontraba al final del pasillo y disparó contra él.

Maskelyne perdió la serenidad al oír el tronar del disparo.

Si se hubiese lanzado contra la ventana que había al final del corredor, quizá hubiese conseguido escapar, amparado por las tinieblas, pero el zumbido del proyectil junto a su oído le hizo lanzarse hacia una puerta que se abría a su derecha.

Salvó el umbral, mientras Keen corría hacia él. Era la puerta de la cocina y el agente la traspuso de un salto.

En aquel momento recordó que Maskelyne iba armado, pero ya era tarde. Una sorda explosión resonó dentro de la cocina y percibió un seco impacto en el muslo izquierdo.

Su cuerpo constituía un blanco perfecto al recortarse en el quicio de la puerta a contraluz del pasillo. Keen se apresuró a saltar a su derecha de forma que el nuevo proyectil del polaco se perdió zumbando en el pasillo.

Los dos hombres estaban frente a frente, sumidos en el silencio y en la oscuridad, y ambos se acurrucaban contra la pared, buscando el abrigo de un mueble, esperando, como fieras al acecho, el menor descuido de su enemigo.

De fuera llegó hasta ellos el estrepitoso sonido del timbre de la puerta, y Keen supuso que se trataba de Studd, que acudía en su auxilio atraído por el tronar de los disparos.

La herida no le dolía demasiado, pero al llevarse la mano izquierda al muslo, percibió la viscosidad de la sangre caliente que le empapaba la pernera del pantalón.

Ignoraba si la cocina tenía otra salida y sus ojos intentaban

perforar las tinieblas para adivinar el sitio donde podía encontrarse el polaco.

Ambos aguanta un la respiración, haciéndola superficial e inaudible, temiendo que su alentar fuese percibido por el enemigo.

De pronto, Keen tuvo una idea.

Su enemigo y él estaban cazados en la misma ratonera. Ninguno de los dos podía tomar la iniciativa que podría costarle la vida, pero el tiempo trabajaba en contra de Maskelyne.

Registróse los bolsillos y sus dedos tropezaron con lo que buscaba.

Del pasillo llegó un rumor de conversación contenida. Seguramente era la dueña de la pensión que explicaba la situación a Studd.

Keen extrajo el encendedor del bolsillo y lo arrojó a tres pasos de distancia, a la vez que tensaba sus nervios.

El artefacto produjo un ruido semejante al de unos pies al arrastrarse por el suelo y en respuesta ocurrió lo que esperaba el agente.

Del rincón opuesto al que él ocupaba surgió un resplandor anaranjado y fugaz, que iluminó la cocina durante una décima de segundo.

El estruendo fué infernal y Keen percibió el chasquido del proyectil al hundirse en la pared a dos pasos de su cabeza.

Sin apuntar siquiera disparó velozmente, a su vez, hacia el punto de donde había surgido el resplandor.

Lo hizo varias veces, apretando rápidamente el gatillo a la vez que movía ligeramente el cañón del arma y tuvo la sensación de que la sucesión de disparos le perforaban los tímpanos, mientras se dejaba caer al suelo.

El silencio más absoluto siguió a aquella especie de prolongado trueno. Ningún disparo partió del punto que ocupaba el polaco, en respuesta a los suyos.

Keen permaneció inmóvil unos segundos. La herida del muslo comenzó a dolerle a causa del brusco movimiento con que se había arrojado al suelo.

Oyó un susurro ante él, pero no hizo ningún movimiento. Del pasillo llegó la voz excitada de su compañero.

—¡Animo, Keen! Voy en tu ayuda.

—¡No entres, Studd! —chilló Keen—. ¡Cuidado!

Maskelyne tampoco disparó, esta vez cuando podía haberlo hecho guiado por su voz, pero el susurro que Keen oyera poco antes se hizo audible otra vez, a su izquierda.

El agente se arrastró hacia allí, y sus manos, extendidas hacia adelante, no encontraron el cuerpo del polaco, como esperaba.

Keen se aplastó contra el suelo y un proyectil silbó sobre su cabeza, clavándose en la pared.

En aquel momento se abrió la puerta de la cocina, empujada por Studd y el resplandor, procedente del pasillo, iluminó parcialmente la estancia.

Maskelyne estaba tendido en el suelo, gravemente herido, al parecer, a juzgar por el reguero de sangre que se extendía desde el punto donde había estado oculto hasta donde se encontraba ahora, delante de la puerta.

Intentó ponerse de rodillas, avanzando hacia la puerta, con un enorme esfuerzo y su cuerpo, sangrante, quedó por un momento enmarcado en el quicio.

Keen avanzó hacia él renqueando. Quería cogerle vivo a ser posible y no disparó, aunque Maskelyne se había puesto en pie.

—¡Studd! —llamó—. No le dejes escapar.

Casi lo tocaba Keen con la mano, cuando Studd blandió la pistola en el aire y descargó un fuerte culatazo en la cabeza de Maskelyne.

Al otro extremo del pasillo, *mistress* Crommelin lanzó un grito de espanto. El golpe fué demoledor y terminó con las escasas energías del polaco, que se derrumbó de bruces en el suelo, como fulminado por un rayo.

Studd se inclinó hacia él y Keen salió al pasillo, apoyándose en la pared para no caer.

—¿Estás herido? —preguntó Studd.

—Sí; en un muslo. ¿Está vivo? —preguntó, señalando a Maskelyne.

Studd inclinóse hacia el polaco, pero no tardó en levantar los ojos hacia su compañero.

—Me temo que le di demasiado fuerte —dijo—. No sabía que estuviese tan malherido.

—Me habría gustado cogerle vivo —dijo Keen.

Studd se encogió de hombros. El timbre de la puerta sonó otra vez y la dueña de la pensión fué a abrir.

Un hombre apareció en el umbral. Más allá de él, podía advertirse un taxi.

—Cuando quiera. Estoy dispuesto —dijo.

Studd avanzó hacia él.

—Hay un herido aquí —dijo—. ¿Puede llevarle al hospital más cercano?

El conductor del taxi repujo afirmativamente. Entre Studd y él condujeron a Keen hasta el vehículo, acomodándole en el asiento y el taxi se alejó, siendo tragado por la niebla.

Studd empuñó el auricular del teléfono y pidió una ambulancia. Luego se enfrentó con la aterrada *mistress* Crommelin que sólo tenía ojos para el cadáver del polaco.

—No tardarán en llegar —dijo—. Me quedaré aquí hasta que se lo lleven.

Ella le dirigió una tímida sonrisa.

—¿Por qué querían detenerle? —preguntó.

—Era un espía —repuso Studd, y *místresse* Crommelin abrió unos ojos como platos.

Ella creía que aquellas cosas sólo ocurrían en las películas.

V

EL tren avanzaba a buena velocidad, adentrándose en la campiña.

Holland y Arnie vigilaban los dos extremos del pasillo, al cual se abría el departamento donde se encontraba el hombre a quien seguían y el primero pasó dos veces ante él, comprobando que continuaba allí.

El agente tenía la esperanza de que les condujese hasta la persona que debía de recoger la información conseguida por Maskelyne.

Holland fumaba tranquilamente, mirando el campo a través de la ventanilla, cuando el hombre a quien seguían apareció en el pasillo.

Era muy fornido. Aproximóse a una de las ventanillas y Holland se escurrió hacia la plataforma del vagón.

El hombre encendió un cigarrillo y se dirigió lentamente hacia el otro extremo del vagón. Holland no se preocupó por esto, porque sabía que Arnie estaba allí.

El personaje pasó por detrás de Arnie y se encaminó hacia el vagón inmediato. El agente fué tras él, pero el otro se detuvo en la plataforma y Arnie tuvo que pasar de largo para no dar la impresión de que espiaba sus movimientos.

Apenas rebasó dos pasos al individuo un objetó, duro y contundente, se estrelló contra su cabeza y se tambaleó, haciendo esfuerzos por sobreponerse a la pérdida de sentido, pero el hombre que estaba a su espalda no era torpe en sus movimientos ni en decisión, a pesar de su corpulencia, y con rapidez del rayo, le asestó un segundo golpe en el cráneo, que terminó con la resistencia de Arnie.

Su agresor no le dejó caer, sino que le cogió de ambas axilas y lo arrastró hasta el *water* que abría a la plataforma, dejándole sentado en el suelo.

Una risita surgió de sus labios, mientras se disponía a cerrar la puerta del *water*, pero la silueta de Holland reflejóse en el cristal de una ventanilla y el hombre permaneció inmóvil junto a Arnie, con los nervios en tensión.

Holland pasó junto a la puerta entreabierta, a través de cuya ranura le vigilaban dos ojos de intenso mirar, sin tener la menor sospecha de que el hombre que buscaba se encontraba allí.

Siguió avanzando, pasillo adelante, y el perseguido acabó de abrir la puerta, regresando a su departamento.

Holland, por su parte, siguió adelante, mirando en todos los vagones, y llegó al final del tren sin haber encontrado al hombre que buscaba ni tampoco a su compañero.

—¿Dónde estarán? —se preguntó.

No quedaba un solo punto del tren por examinar y Holland tuvo una idea.

—No han podido arrojarle en marcha —pensó—. De forma que sólo pueden estar en el techo del tren.

El tren marchaba a gran velocidad. Holland corrió hacia una plataforma y con grandes esfuerzos comenzó a izarse al techo, asiéndose con todas sus fuerzas para impedir que el viento y el traqueo del tren lo arrojasen al vacío.

Al fin se encontró tendido de bruces sobre el techo del primer vagón y avanzó a la rastra hacia la mitad del carruaje donde se incorporó ligeramente, mirando ante él.

Un resplandor brilló en aquel momento a algunos pasos de distancia y un proyectil pasó silbando sobre su cabeza, demostrándole que sus sospechas eran acertadas.

Un hombre se alejaba hacia el final del tren, encogido sobre sí mismo para conservar el equilibrio.

—¿Dónde estará Arnie? —se preguntó.

Por más esfuerzos que hizo no pudo verle y llegó a la conclusión de que no se encontraba sobre el tren.

Otro proyectil zumbó a su lado, obligándole a pensar en su propia situación y disparó a su vez, aun sabiendo que contaba con escasas probabilidades de hacer blanco.

Su rival siguió retrocediendo. Holland avanzó a su vez hasta llegar al extremo del vagón y allí se detuvo.

Tendría que saltar al carruaje inmediato si quería seguir empujando a su enemigo hasta el final del tren, donde aquél no tendría más remedio que enfrentarse con él, pero era peligroso hacerlo.

El salto duraría escasamente unas décimas de segundo y durante este tiempo estaría expuesto a los disparos del otro.

Sin embargo, no lo dudó ni un segundo, y acercándose al borde del vagón, saltó de repente.

Del lugar donde se encontraba su enemigo surgieron dos fogonazos y el agente notó en su brazo izquierdo el dolor producido por la mordedura de un proyectil, antes de aplastarse contra el techo del vagón.

Pero a pesar de la herida siguió avanzando implacable.

—Ahora me toca a mí —pensó—. Tendrá que saltar al otro vagón si quiere seguir huyendo.

Era peligroso continuar avanzando, porque mientras lo hacía, presentaba un blanco relativamente fácil para su enemigo, que permanecía aplastado contra el techo del vagón.

Holland lanzóse hacia él a la mayor velocidad que le permitía la inestabilidad del tren, al mismo tiempo que disparaba el arma que empuñaba.

El otro disparó también, mientras se ponía en pie y Holland llegó a su lado.

El agente apretó el gatillo por última vez. Su rival debió encajar el proyectil en alguna parte de su cuerpo, porque lanzó un alarido de dolor y se tambaleó ligeramente.

Este momento fué aprovechado por Holland para empuñar la pistola por el cañón.

Ni siquiera notó el dolor de la quemadura que se produjo. Estaba poseído de una furia mortal al pensar que tal vez Arnie yacía muerto a un lado de la vía, muchas millas atrás, y quería coger a aquel hombre fuera como fuese.

Rápidamente levantó el brazo, pero su enemigo le aferró la muñeca con ambas manos antes de que descargarse el golpe.

Durante unos segundos forcejearon con violencia, sin poderse ver los rostros y olvidados de que podían ser lanzados del techo del

convoy. El hombre era muy corpulento y Holland se convenció de que tendría que apelar a alguna de las malas artes aprendidas a su paso por Quántico si quería vencerle.

De pronto dobló la rodilla derecha, alcanzando a su rival en el bajo vientre y un gemido de dolor se escapó de sus labios.

La presión en torno a las muñecas de Holland se aflojó y el agente acabó de librarse de ella mediante un violento tirón.

Su puño izquierdo saltó disparado hacia la mandíbula de su enemigo, pero un brusco movimiento del tren al tomar una curva le impidió alcanzarla.

Holland se tambaleó. Consciente del peligro que corría, se dejó caer en el techo, resbalando hacia el borde del mismo y desde allí vio dar al otro unos traspiés antes de caer del vagón, haciendo desesperados esfuerzos por asirse a alguna parte, sin conseguirlo.

En aquel momento el tren disminuyó considerablemente la velocidad y Holland lanzó un juramento.

—Tengo que tirarme —se dijo entre dientes.

Acercóse más al borde del vagón y miró hacia abajo, comprobando que el tren se deslizaba por la cima de un talud, cuyas laderas parecían estar cubiertas de hierba.

—Con un poco de suerte... —masculló.

Se agarró con ambas manos al reborde del techo, descolgándose fuera de él hasta conseguir poner los pies en el borde de una ventanilla y entonces saltó.

Tocó el suelo con los dos pies a la vez e inmediatamente cayó de bruces, rebozándose de barro y agua antes de rodar talud abajo, hasta el final de la pendiente.

Estaba magullado, pero se puso en pie lentamente y contempló la luz roja del farol de cola del tren que se alejaba.

Al fin se perdió en la distancia. A Holland le dolía la herida del brazo y la pierna derecha, lastimada en la caída, pero estaba dispuesto a llevar la lucha hasta el fin y miró a su alrededor.

La niebla impedía distinguir nada a más de treinta pasos de distancia. Holland retrocedió, chapoteando en el barro, sin decidirse a encender la linterna que llevaba en el bolsillo de la gabardina y en esta forma avanzó durante unos minutos en la obscuridad.

—Debió caer por aquí —se dijo.

Escuchó con atención. El silencio nocturno fue roto por un ligero

ruido que percibió a su izquierda, semejante al que produce un animal furtivo al deslizarse entre matorrales.

Holland se envaró. Tal vez su enemigo estaba allí, deslizándose por el suelo para alejarse de aquel lugar.

El agente encendió la linterna y paseó el foco por el campo solitario.

El hombre estaba allí, descendiendo por una ligera pendiente poblada de piedras y arbustos y al verse sorprendido intentó huir de la luz, saltando a un lado.

El agente del

F. B. I.

, corrió hacia él, sin dejar de enfocarle con la linterna. De un salto felino salvó más de la mitad de la pendiente y cargó hacia el fugitivo, aferrándole con ambos brazos por la cintura.

Los dos hombres rodaron por el suelo. Holland se incorporó con rapidez cuando su rival estaba aún de rodillas y le propinó un puñetazo demoledor en el rostro.

Había perdido la linterna en la caída, pero estaban tan cerca uno del otro que podían percibir sus agitadas respiraciones.

Su enemigo se revolvió en el suelo. Holland sentóse a horcajadas sobre él y sus manos se cerraron en torno a su cuello como dogales accionados por la furia.

El hombre intentó librarse de ellas, pero Holland apretó con todas sus fuerzas a la vez que golpeaba la cabeza contra el suelo.

Estaba tan fuera de sí, que apenas sabía lo que hacía y continuó apretando y golpeando sañudamente hasta que su enemigo dejó de moverse.

Sólo entonces aflojó la presión de sus manos. —Está bien— dijo con voz entrecortada por el esfuerzo—. Se acabó la función, amigo.

La presión de las manos del otro en torno a su cuello se aflojó rápidamente, pero Holland no soltó aún.

—¿Dónde tiene lo que le ha dado Maskelyne? —preguntó con voz ronca No obtuvo respuesta alguna. Holland tampoco pensaba que se lo dijese de buenas a primeras y estaba pensando en la forma de obligarle hacerlo.

—No quiere hablar, ¿eh? —masculló—. Está bien. Yo mismo lo buscaré, apartó una de sus manos del cuello y la metió entre el abrigo, hacia la cartera. Fue entonces cuando se percató de la

extraña inmovilidad del cuerpo que aprisionaba entre sus rodillas y exclamó:

—¡Eh! ¡Oiga! ¿Qué le sucede?

El silencio más absoluto fue la respuesta a su pregunta y la alarma comenzó a invadir a Holland.

Buscó en sus bolsillos el encendedor. La llama fué rápidamente apagada por la llovizna pero a su efímera luz, pudo distinguir la linterna, caída a unos pasos de distancia, y la tomó lanzando un chorro de luz sobre el rostro del otro.

Era un rostro inmóvil y sin expresión, con los ojos extrañamente abiertos y fijos en algún punto que ya no podía ver.

Tenía la pechera de la camisa manchada de sangre, que manaba también de un lado de la cabeza.

Una gran piedra provista de aguzadas puntas, estaba empotrada en el suelo debajo de la cabeza del muerto y sus agudas aristas presentaban algunas manchas de sangre.

Junto a ella, el barro estaba teñido de rojo y el cuello del cadáver presentaba, además, huella lívida de los dedos de Holland.

—Un balazo en el pecho, heridas en la cabeza y mis dedos en su cuello —murmuró el agente—. Cualquiera de las tres cosas ha podido matarle.

La verdad era que no sentía el menor remordimiento por su muerte. Más bien estaba enfurecido consigo mismo al percatarse de que aquel hombre ya no podría decirle dónde llevaba los informes recibidos de Maskelyne.

Sin apagar la linterna se agachó junto al muerto.

La búsqueda fué corta. Sus dedos no tardaron en tropezar con un paquete que aquél llevaba en un bolsillo de la americana y Holland examinó su contenido a la luz de la linterna.

Era una pequeña cajita de metal en cuyo interior, protegida con algodón, vio un minúsculo carrete de película y tres o cuatro pequeños trozos de papel, escritos en clave, al parecer.

—Lo que me figuraba —murmuró—. Maskelyne sacó cuantas fotos le vino en gana —enfocó otra vez el rostro del muerto y agregó—: Ha sido una lástima que hayas muerto. Lástima para mí, naturalmente.

Estaba empezando a llover otra vez. Holland terminó de registrarle, despojándole de cuántos objetos llevaba encima y volvió

a la vía, subiendo por el talud con dificultad Tenía la intención de llegar a Monthood por vía y avanzó por ella, alumbrándose con la linterna.

La marcha era lenta y penosa y unos minutos más tarde los guijarros le producían en los pies dolor intolerable.

La luz de un potente foco apareció en la disocia, perdiéndose al momento para reaparecer mediatamente cien yardas a su izquierda, al mismo tiempo que el ruido del motor de un automóvil llegaba a sus oídos.

—La carretera —murmuró—. Ni siquiera me acordaba de ella.

El automóvil pasó velozmente. La carretera se extendía paralela a la vía del tren y Holland descendió del talud.

Un automóvil procedente de Monthood se le echó encima al tomar una curva. Holland tuvo el tiempo justo para saltar a la cuneta y percibió un escalofriante chirriar de frenos que detuvo al automóvil treinta yardas más allá.

Holland avanzó hacia él. El conductor volvió el automóvil y la luz de los faros recayó un instante sobre el maltratado cuerpo del agente, antes de que el vehículo se detuviese a su lado.

Iba ocupado por una mujer, que empuñaba e volante. Las luces del salpicadero estaban encendidas y Holland percibió a su resplandor que no era muy joven, aunque parecía ser muy agradada.

—Lo lamento... —comenzó a decir, con una sonrisa en los labios—. No le vi a usted hasta que estuve encima. Pero... ¿de dónde sale usted en ese estado? ¿Qué le ha sucedido?

—Me caí del tren —repuso Holland.

—¿Va usted a Monthood?

—Sí —afirmó el agente, sin atreverse a pedir la que lo llevase allí.

—Suba —repuso la mujer—. Le llevaré.

—Se lo agradezco. Tengo algo muy urgente que resolver en Monthood.

—No es ninguna molestia —replicó ella. Monthood está cerca. Suba.

Holland abrió la portezuela, acomodándose junto a ella. La mujer pisó el acelerador y agente la contempló con interés.

Su perfil era perfecto. Un poco atrevido tal vez, pero desde

luego, muy atrayente.

Estaba abstraída en la conducción del vehículo y sólo volvió la cabeza una vez hacia él para decirle:

—Hay cigarrillos en el bolso.

Holland sacó el paquete y se puso un cigarrillo entre los dientes. Lo encendió aspirando el humo con deleite y preguntó:

—¿Quiere uno?

—No, gracias —replicó la mujer.

Emanaba de su persona un perfume delicado.

Podría tener treinta y cinco años de edad. Debía de ser alta y, desde luego, muy distinguida.

Los cabellos eran de color castaño y los llevaba artísticamente peinados. El conjunto no podía ser más atractivo para un hombre y, sin embargo, emanaba de él cierta frialdad que no permitía tomar una confianza rápida.

Sus pensamientos tomaron otro rumbo, haciéndole acordarse de Arnie.

—¿Dónde se habrá metido? —se preguntó.

¿Sería posible que estuviese tirado sin sentido en algún punto de aquella vía tan transitada?

Holland se sobresaltó, pero la voz de la mujer le dejó pensar demasiado tiempo en la siniestra posibilidad que acababa de ocurrírsele.

—Hemos llegado —dijo—. ¿Dónde quiere que te deje?

—Pues... no lo sé —repuso, sorprendido.

—¿No conoce el pueblo?

—Nunca lo he visitado —repuso el agente—, pero supongo que habrá en él alguna autoridad que pueda informarme de lo que deseo saber. Lléveme a casa del *sheriff*, si no le molesta.

—No es molestia —repuso la mujer.

Su voz parecía desprovista de interés.

En aquel momento penetraron en el pueblo. A ambos lados de la carretera se alineaban pequeños chalets con un trozo de jardín delante, cortados todos por el mismo patrón.

—¿Vive usted aquí? —preguntó Holland—. En una villa cercana —repuso ella. Detuvo el coche frente a uno de los chalets y agregó —: Pero conozco bien el pueblo y tal vez pueda ayudarle. ¿Qué busca?

Holland se sorprendió al percatarse del repentino interés de la mujer.

—No lo sé realmente —repuso—. A un hombre... o tal vez a varios Supongo que están en Monthood o en sus alrededores.

A la débil luz del salpicadero se percató de que la mujer escuchaba con suma atención, bebiendo materialmente sus palabras.

—Y ¿sabe cómo se llaman? —preguntó.

—No.

—Al menos sus señas personales. No se puede buscar a una persona sin...

Holland la interrumpió:

—Será mejor que vea al *sheriff* —dijo, abriendo la portezuela del vehículo—. Vive ahí —replicó la mujer, mostrándole la casa ante la cual había detenido el coche.

Holland se apeó e inició un leve saludo con la cabeza, sonriendo al mismo tiempo.

—Le agradezco mucho su amabilidad dijo. —Perdone la molestia.

La mujer replicó vagamente algo en voz baja. Holland se alejó hacia la casa, tras saltar la pequeña cerca del jardín y, hasta que llegó a ella, le siguió con la mirada.

El viento hacía oscilar los faroles, cuya luz leñaba el ambiente de sombras movibles. Holland apretó el timbre y al volver a mirar hacia atrás, se sorprendió al comprobar que el coche seguía ante la casa.

—¿Qué demonios esperará? —se preguntó.

La puerta se abrió y un hombre de mediana edad apareció en el umbral, taponando el hueco con su figura. Sus ojos midieron a Holland con la mirada y el agente sonrió.

—¿Es usted el *sheriff*? —preguntó. Y ante la respuesta afirmativa de aquél, agregó—: ¿Puedo pasar? He de hablar con usted unos minutos.

El *sheriff* se hizo a un lado, receloso aún, y Holland penetró en la casa, encontrándose en vestíbulo pequeño y acogedor, al cual comunicaba agradable calor una salamandra colocada en la chimenea.

Le luna de un espejo indicó a Holland cuál era su estado y

justificó la desconfianza del *sheriff*.

Tema la gabardina llena de barro y rota en dos o tres sitios. La sangre se mezclaba con el barro y éste le cubría también los pantalones y zapatos. Había perdido el sombrero y sus cabellos aparecían enmarañados y con suficiente cantidad de barro como para no desentonar del resto del conjunto.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó el *sheriff*—. ¿Se ha peleado con alguien? Sí quiere presentar una denuncia...

—Me caí del tren cerca de aquí —repuso el agente—. Bueno. Me parece que he recogido todo el barro de los alrededores.

—¿Está usted herido?

—En el brazo, pero no a consecuencia de la caída. A decir verdad, no me caí, sino que me tiré, pero un individuo me pegó un tiro.

—¿Un tiro? —preguntó el *sheriff* frunciendo el ceño—. Eso es más grave. Veamos la herida.

—No se moleste. No puedo perder el tiempo. Hay otras cosas más urgentes que son las que me han traído aquí.

La extrañeza se pintó en los ojos del *sheriff*.

—No le comprendo —dijo receloso.

—Soy agente del

F. B. I.

—replicó Holland—. Necesito unos datos que tal vez pueda usted proporcionarme.

El *sheriff* estuvo a punto de lanzar una exclamación de sorpresa y sus formas variaron como por ensalmo.

—Siéntese —dijo—. Mi mujer le preparará un poco de café mientras...

—Me vendría mejor un trago —replicó Holland, dejándose caer en un sillón, cerca de una mesita—. Y si puede ser algo confortable mejor.

El *sheriff* puso una copa sobre la mesa y escanció en ella el licor contenido en una botella. Era *brandy*. Y del bueno. Holland lo saboree.

—Quisiera saber sí ciertas personas que busco se encuentran aquí, en Monthood —dijo entre sorbo y sorbo—. No puedo decirle sus nombres. Ni siquiera sus señas personales. Ni tampoco sé cuántas son.

El *sheriff* le miró con el entrecejo fruncido, como si dudase de normalidad de su estado mental.

—No creo que estoy loco —siguió el agente. Sigo una pista que me ha traído hasta aquí, pero no sé a quién voy a encontrar al final ella.

—Comprendo. Supongo que esto será corriente en su... oficio, pero ¿cómo puedo ayudarle?

—¿Ha notado la presencia de gente extraña el pueblo?

—No. Monthood es un lugar de mucho tránsito.

—¿Hay muchas villas en los alrededores?

—Decenas. Villas de recreo en su mayoría, permanecen desalquiladas la mayor parte año. En realidad, sólo durante el verano... Holland interrumpió al *sheriff*.

—¿Sabe si alguna de ellas ha sido alquilada recientemente? Pongamos... hace un mes o tal dos.

El *sheriff* permaneció pensativo unos instantes. Luego, sus ojos se animaron ostensiblemente.

—¡Sí! —exclamó—. White Mouse fué alquilada hace aproximadamente ese tiempo. Lo he recordado porque es raro que nadie alquile aquí villa en esta época del año. Otra cosa sería verano. Recuerdo que lo comenté con Blair. Blair es el dueño de la villa —aclaró.

—¿Por cuánto tiempo fué alquilada?

—Por cuatro meses —replicó el *sheriff*—. Aunque el hombre que la alquiló apuntó la posibilidad de que estuviesen en ella menos tiempo.

—Me gustaría echar un vistazo a esa casa. ¿Está lejos de aquí?

—A dos millas.

Holland gruñó. Dos millas era demasiado para ser recorridas a pie en una noche como aquélla.

—¿Cómo puedo ir allí? —preguntó.

—En el mismo automóvil que ha venido repuso el *sheriff*.

—No es mío. Lo conduce una mujer que me recogió en la carretera.

—Entonces no comprendo por qué continúa a la puerta. No parece sino que le espera.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Holland, poniéndose en pie.

—Véale usted mismo.

El *sheriff* estaba junto a la ventana. Holland se acercó a él y pudo comprobar que era cierto. El automóvil estaba estacionado donde le dejó. Tenía los faros apagados, pero su contorno se distinguía perfectamente a través de los visillos que velaban la ventana.

—No lo entiendo —murmuró.

—De todas formas debe aprovechar la ocasión —apuntó el *sheriff*.

Los dos hombres salieron de la casa, dirigiéndose hacia el coche.

La mujer fumaba un cigarrillo y todo en su actitud sugería la idea de que, como había dicho el *sheriff*, esperaba el regreso de Holland.

Ambos se detuvieron junto al vehículo y ella les miró sonriendo en la penumbra.

—Pensé que iba necesitar me de nuevo —dijo con la mayor desenvoltura—. ¿He acertado?

—No —repuso—. No pienso volver a Portland.

Se estaba preguntando qué habría visto aquella dama en él que despertase su interés. No era presumido y el estado en que se encontraba su físico y su ropa no era el más adecuado para despertar una pasión instantánea.

—¿Se queda aquí? —preguntó ella con interés.

—Sí repuso el *sheriff*. —Este señor desea ir a White Mouse. Es una villa situada a dos millas de distancia, pero tal vez no se atreve a pedirle a usted que le lleve.

La sonrisa que ella lucía en los labios se hizo más amplia y expresiva.

—¡Qué tontería! —exclamó—. Le llevaré con mucho gusto... si usted quiere —agregó con cierta intención.

Había una especie de reto en sus palabras que el agente achacó a otros motivos.

Tal vez a aquella dama le gustasen las aventuras y sospechase que podría encontrar algunas emociones llevándole donde deseaba ir.

Pero no fué esto lo que le hizo aceptar la oferta sino el pensamiento de tener que salvar aquellas dos millas en la noche fría y húmeda, utilizando sus cansados y doloridos pies.

—Está bien —dijo abriendo la portezuela e instalándose junto a

la mujer—. Puesto que usted se empeña tendrá que soportarme durante un buen rato más.

—¿Sabe dónde está la casa? —preguntó el *sheriff*.

—No —repuso ella—, pero si usted me indica el camino...

—No pueden extraviarse. A milla y media de aquí, a la derecha de la carretera parte una bifurcación que llega hasta ella. Hay un poste indicador en el cruce.

Holland le dio las gracias y el coche partió.

VI

CUANDO Arnie abrió los ojos, tardó bastante tiempo en convencerse de que no cabalgaba sobre una nube y, ayudado por el insoportable dolor de cabeza, recordó cuánto había ocurrido.

Con cierta dificultad se puso en pie, apoyándose en la pared del estrecho recinto en que se encontraba.

Se asomó por la ventanilla y vio algunas luces aisladas que parpadeaban en la distancia alejándose hacia atrás, lo cual parecía indicar que el tren acababa de abandonar una pequeña estación.

La cabeza seguía doliéndole. Arnie encendió la luz y la metió debajo del agua del lavabo encontrándose mejor.

Con ansias asesinas tiró de la puerta y salió la plataforma.

Debía de mostrar un rostro cadavérico porque una muchacha que se hallaba en ella abrió los ojos como platos al verle.

—¿Se... encuentra mal? —preguntó.

Era bastante agraciada, pero Arnie no estaba en condiciones de fijarse en sus encantos.

—¿Qué estación es esa que acabamos de pasar? —preguntó a su vez.

—Monthood —repuso la muchacha—. Yo he subido ahí. ¿Está enfermo?

—Sí —masculló el agente—, pero me curaría si pudiese despedazar a un hombre.

Sus palabras y la dureza de su tono, hicieron que la muchacha le mirase asombrada. No pronunció un solo comentario y desapareció en un departamento.

Arnie no se extrañó demasiado al comprobar que había pasado de largo ante la estación donde Holland y él debían apearse.

Sólo quería estar seguro de que se trataba de Monthood. Supuso

que su compañero y el hombre a quien perseguían se habrían apeado allí y ahora Holland tendría qué continuar sólo la persecución del astuto y peligroso individuo.

—¡Idiota! —Se insultó con ferocidad.

Abrió la portezuela del vagón con ánimo de arrojarlo del tren, pero desistió de su propósito al comprobar que se deslizaba por una pendiente a velocidad vertiginosa.

La vista del timbre de alarma, empotrado en la pared del pasillo le dio una idea.

Sin molestarse en cerrar la portezuela, saltó sobre él, empuñando el mango del timbre y tiró con fuerza.

El tren frenó en seco. Las ruedas resbalaron sobre los raíles con sibilante rechinar y, a pesar de estar prevenido, Arnie dio varios traspiés hacia adelante.

De los departamentos inmediatos llegaron gritos de alarma. Los viajeros cayeron unos sobre otros y los equipajes se precipitaron encima de los confusos grupos. Varias voces se elevaron pidiendo serenidad y preguntándose qué sucedía.

El maquinista y el fogonero saltaron a tierra y al ver al agente tirarse del tren detenido en medio del campo le conminaron.

—¡Eh! ¡Usted... Deténgase!

Arnie no hizo el menor caso de ellos y echó a correr hacia la cola del tren.

Perseguido por sus denuestos, pasó por detrás del último vagón y siguió corriendo hacia el final de la trinchera, donde estaba detenido el convoy, que se puso en marcha poco después.

La idea de caminar hasta Monthood por la vía en la obscuridad no era agradable ni mucho menos, pero no tenía otra alternativa y se puso en marcha.

Cemenzó a llover de nuevo. Arnie se subió el cuello de la gabardina y apenas había avanzado un centenar de pasos cuando resbaló en el barro, cayendo en un charco de agua.

—¡Maldita sea! —masculló—. Me estoy poniendo como para presentarme en un baile de gala. ¿Dónde estará Holland?

Profiriendo maldiciones seleccionadas de entre un nutrido repertorio prosiguió la marcha.

De pronto divisó a su derecha la negra mole de un edificio, que se alzaba a corta distancia del ferrocarril, y se detuvo vacilante.

—No pierdo nada con probar —murmuró. Encontró un caminito que conducía a la casa y no tardó en llegar ante ella, pero la obscuridad era tan absoluta que no pudo distinguir el menor detalle de su construcción.

Ni una sola luz brillaba en las ventanas. Parecía que todo rastro de vida había huido de ella.

—Tal vez está deshabitada —se dijo.

Un pequeño seto de boj se interponía en su camino y Arnie lo salvó sin dificultad, acercándose más a la casa para comprobar que se encontraba en la parte posterior de la misma.

El ruido del motor de un automóvil, mezclado con algunas palabras, llegó hasta él. Arnie pegase a la pared y avanzó hacia la fachada del edificio.

El automóvil estaba detenido ante la puerta de la villa, pero el rumor que llegaba a oídos del agente no provenía de su motor, sino de otro, parecer una ambulancia, que acababa de detenerse en aquel momento junto al turismo.

Aún tenía los faros encendidos y Arnie pudo probar que había dos hombres sentados en baquet. Otras cuatro personas, entre las que contaba una mujer, se movían ante la casa.

—Habrá algún enfermo —pensó.

En aquel momento la ambulancia se puso en marcha, perdiéndose en el camino y el ambiente quedó sumido en la oscuridad, hasta que alguien encendió los faros del coche detenido ante casa.

La mujer cambió breves palabras con los otros y, se instaló en el turismo detrás del volante, poniendo el motor en marcha.

Arme pensó que tal vez se dirigiese a Portland. Por tanto tendría que pasar por Monthood y salió de detrás de la esquina en el momento en que el turismo conducido por la dama penetraba en el camino.

—¡Eh! —gritó—. ¡Deténgase, por favor!

La mujer no debió de oírle, pues sigue adelante llevándose la esperanza del agente prendida en el punto rojo de su faro piloto.

Los tres hombres se disponían a penetrar en la casa cuando oyeron la llamada de Arnie y se volvieron hacia él como picados por un áspid.

—¿Eres tú, Scrafton? —preguntó uno de ellos.

—No. No es él —repuso otra voz más fuerte.

Arnie llegó hasta el grupo, que le miró amenazador. A pesar de la oscuridad, el agente percibió la hostilidad de sus rostros, sombríos y silenciosos.

De pronto, la luz de una linterna cayó sobre su rostro, obligándole a cerrar los ojos.

—Quite esa luz —masculló.

—¿Quién es usted? —preguntó la misma voz bronca de antes—. ¿Qué hace aquí?

Arnie no quiso dar la respuesta que exigían aquellas preguntas. Un sexto sentido le advertía que debía de proceder con la mayor cautela y se limitó a responder:

—Necesito ir a Portland. Me acerqué pensando que alguno de esos coches podría llevarme, pero he llegado tarde.

—Lo que quiero saber es por qué está aquí.

La pregunta fué hecha en tono feroz y Arnie no dudó ya de que no debía decir la verdad.

Era evidente que aquellos hombres temían algo. Estuvo a punto de contestar con la misma violencia, pero tuvo una idea.

—Me llamo Sanger —dijo sonriendo—. Tengo un chalet al otro lado de la vía, y mi coche está averiado.

Las maneras del hombre de la voz bronca que le interrogaba amparado en la penumbra que reinaba detrás de la linterna, se hicieron más suaves.

—Lo lamento, míster Sanger —repuso—. De haber llegado unos segundos antes, mi esposa le hubiese llevado a Portland con mucho gusto.

—Baje a la carretera —sugirió otro con la mayor amabilidad—. Está a media milla de aquí y la circulación es bastante intensa.

—Eso tendré que hacer —decidió Arnie, encogiéndose de hombros—. Muchas gracias de todas formas.

Mientras se alejaba hacia la entrada del camino notó las miradas de los tres hombres fijas en sus espaldas, pero no volvió la cabeza hasta que se cercioró de que aquéllos habían entrado de nuevo en la casa.

A una distancia de doscientas yardas se detuvo. El edificio continuaba silencioso e impenetrable, desafiando la lluvia y el viento, sin que el menor vestigio de luz o de vida partiese de él.

—Es evidente que temen algo —murmuró—. Pero ¿qué?

Que él supusiera, había al menos tres hombres dentro de la casa, a pesar de lo cual no se veía luz alguna.

—Han cerrado a cal y canto todas las ventanas —se dijo.

Casi sin darse cuenta volvió sobre sus pasos, comprobando que todas las ventanas del piso bajo estaban herméticamente cerradas. Ni siquiera pegando el rostro a las rendijas, fué capaz de distinguir una línea de luz.

Todo aquello era muy extraño. No parecía sino que aquellos tipos temían que alguien se acercase a la casa; alguien, naturalmente, que no fuese aquel Scrafton a quien esperaban.

De pronto volvió a recordar a Holland y el motivo por el cual estaban en el tren.

Ellos seguían a un hombre y, o mucho se equivocaba, o era el mismo que esperaban los que estaban encerrados dentro de la casa.

—¿Será posible? —se preguntó.

Si era así, estaba bien claro que no sólo se encontraba en Monthood sino que sus pasos le habían encaminado hasta la casa donde aquel hombre debía entregar lo que Maskelyne le había dado.

—De todas formas si ese Scrafton va a venir aquí, Holland vendrá detrás de él —se dijo—. No tengo más que esperarle.

Apartándose de la casa dirigióse hacia el seto que la rodeaba por ambos lados y se acurrucó detrás de él.

El viento soplaba con poca fuerza, pero estaba helado y le penetraba hasta los huesos. Subióse el cuello de la gabardina y se preguntó cuánto tiempo tendría que esperar aún.

Un rumor procedente de la fachada de la casa llamó su atención hacia allí, cuando miraba hacia el camino.

Vio abrirse la puerta y la silueta de un hombre apareció en el umbral, débilmente iluminado por la luz del vestíbulo, Arnie se aplastó contra el árbol, aguzando la vista. El hombre dio la vuelta a la casa, alumbrándose con una linterna, cuyo resplandor debía de estar amortiguado con un trozo de tela negra colocado delante del foco.

—Tal vez sospechen de mí —se dijo.

Esperó que le individuo penetrase de nuevo en la casa y frunció el ceño al comprobar que no hacía tal cosa, sino que se apoyaba en

el quicio de la puerta, encendiendo un cigarrillo.

—Tiene la orden de vigilar los alrededores —pensó el agente.

Aquello confirmaba sus sospechas. Ya no tenía la menor duda de que aquellos hombres temían algo, cosa que no era lógica si se tratase pacíficos ciudadanos.

Pasaron unos minutos y el hombre seguía montando la guardia junto a la puerta, medio oculta por el quicio. Sólo el punto rojo de su cigarro denotaba su presencia allí.

¡Y Holland estaba al llegar!

Lo haría siguiendo a Scrafton y era preciso ponerle sobre aviso.

Arnie se incorporó ligeramente, avanzando hacia el camino por detrás del seto y estaba a punto de alcanzar su objetivo cuando sus pies chapotearon ligeramente en un pequeño charco.

El otro se envaró y tiró el cigarro. Arnie se detuvo conteniendo la respiración y el hombre, tras una breve vacilación, avanzó donde él estaba.

El agente retrocedió, apartándose del seto y se ocultó detrás de unos matorrales que crecían a corta distancia.

A través de los arbustos percibió el resplandor de la linterna que se deslizaba por detrás del seto, a uno y otro lado.

Le pareció que el individuo empuñaba una pistola.

Sus nervios se tensaron, dispuestos a caer sobre él si rebasaba el seto, pero el otro debió de suponer que el ruido había sido producido por alguna alimaña, y volvió sobre sus pasos, regresando a la casa.

Arnie se deslizó hasta el camino, y avanzó por él, pensando en Holland.

Diez minutos después llegó a la carretera y se apoyó en el poste que indicaba el comienzo de aquél.

Intentó encender un cigarrillo sin conseguirlo y masculló unas cuantas maldiciones que encontraron eco en el ruido de un motor que se acercaba con rapidez.

Arnie decidió que no podía correr más riesgos y se aplastó contra el poste.

El automóvil avanzó hacia él, disminuyendo la velocidad a la vez que tomaba el centro de la carretera.

Para penetrar en el camino, tuvo que reducir considerablemente velocidad y Arnie se incorporó, comprobando que el asiento interior

estaba ocupado por dos personas, una de las cuales le pareció Holland.

De todas formas, poco perdía si no era él y gritó.

—¡Eh, Holland! ¡Espera! ¡Soy Fordjce!

VII

HOLLAND oyó la llamada de su compañero y reconoció su voz.

—¡Detenga el coche! —exclamó.

La mujer obedeció, aplicando violentamente los frenos, impresionada por el tono de su voz.

—Encienda la luz, por favor —pidió Holland.

Arnie apareció junto a la ventanilla, mirando sonriente a su compañero.

—¡Vaya! —exclamó—. Por lo que veo has tenido más suerte que yo. ¿De dónde sales en ese estado?

—Esta señorita se prestó a traerme desde Monthood —repuso Holland.

Arnie la miró con atención, pero apenas si pudo distinguir su rostro, porque la luz le daba en las espaldas. Sin embargo, una sospecha comenzó a tomar forma en su cerebro.

—¿A dónde vas? —preguntó a Holland.

—A una casa que debe de haber al final de este camino —replicó Holland.

—Yo vengo de ella. Tengo algo que decirte.

Mientras pronunciaba estas palabras, sus ojos estaban fijos en Holland y no pudo percatarse de la palidez que se había apoderado del rostro de la mujer.

Holland hizo un gesto para que guardase silencio y repuso:

—Hemos llegado al mismo sitio por caminos distintos —dijo—. Apague las luces del coche —indicó a la mujer—. Pueden vernos desde la casa.

—¿Por qué tanto misterio? —preguntó ella, obedeciendo la orden del agente—. ¿Qué esperan encontrar allí?

—Tal vez se lo digamos después —repuso Arnie—. Baja, Holland. Hay algo muy importante que debes saber.

Holland lo hizo así y los dos hombres se apearon del automóvil apartándose unos pasos más allá del camino, donde Arnie relató a su compañero lo que había descubierto, agregando:

—Esa mujer es...

El runruneo del motor aumentó en intensidad, haciendo inaudibles sus palabras, pronunciadas en voz baja.

Los dos volvieron la cabeza al mismo tiempo advirtiendo que el automóvil se lanzaba hacia ellos por la carretera, rebasando el camino.

—¡Cuidado!

El aviso surgió de labios de Holland. Tuvieron el tiempo justo para saltar hacia un lado y el coche pasó junto a ellos, alejándose velozmente carretera adelante.

—¡Eh, señora! —gritó Holland—. ¡Maldita sea! —agregó al ver que el coche se alejaba por el camino—. ¿Qué mosca le habrá picado? Me dijo que me llevaría hasta la misma casa.

—Es mejor que no lo haya hecho —repuso Arnie.

—¿Por qué? —preguntó Holland extrañado.

—Juraría que esa mujer es la misma que estaba ante la casa hace apenas una hora con aquellos hombres.

Holland frunció el ceño.

—No es posible —masculló, sin convicción.

El caso era que el tiempo concordaba perfectamente.

—Debió de salir de la casa alarmada por la tardanza del hombre a quien esperan —dijo, cambiando de opinión.

—Eso pensé yo —repuso Arnie.

—Me encontré en el camino y cometí el error de decirle que me había caído del tren. Luego demostré demasiado interés por ciertos habitantes de Monthood y por eso se ofreció a traerme.

—No quería perderte de vista. Si no llego a estar aquí, te habrían atrapado antes de que te hubieses dado cuenta.

—Es cierto —replicó Holland—. Bien. Hemos de actuar con la mayor rapidez.

—Lo que no me explico es por qué no ha ido hacia la casa para prevenir a los demás —dijo Arnie.

—Tal vez porque prefiere avisar a los hombres de la ambulancia

—repuso Holland.

Avanzaban por el camino. Arnie se volvió hacia su compañero.

—¿La ambulancia? ¿Qué tiene que ver en esto? —preguntó—. Yo supuse que había llevado algún enfermo a Portland.

—Pues estás equivocado —replicó Holland. Esos tipos llevan más de un mes radiando mensajes que alguien se encarga de recoger. Hasta la fecha no ha podido ser localizada la emisora, pero me parece que esta vez los hemos localizado.

—No acabo de comprender qué relación tiene la ambulancia con eso —dijo Arnie.

—Seguramente la emisora va montada en ella. ¿Quién va a figurarse tal cosa? De esta manera tiene paso libre por todo el país sin despertar sospechas. ¿Lo comprendes ahora? Transmiten cada vez desde un punto distinto e incluso en marcha. Por esta causa no ha podido ser localizada la emisora.

—Comprendo —replicó Arnie—. ¿Qué ocurrió en el tren?

Holland se lo explicó a grandes trazos y su compañero repuso:

—No sé si alegrarme o sentirlo. Esperaba tomarme algún día la revancha por el golpe que me atizó.

—Ya lo hice yo en tu lugar —replicó Holland—. Oye, muchacho. Si esos muchachos reciben algún aviso de la dama, intentarán huir.

—Nosotros estamos aquí para evitarlo.

—Se defenderán como fieras —advirtió Holland.

—Pienso tratarlos como si lo fuesen —repuso ferozmente Arnie.

El camino ascendía hacia la casa en ligera pendiente. Los dos hombres avanzaban con rapidez y no tardaron en encontrarse a doscientas yardas del edificio cuya mole se recortaba contra el cielo.

Arnie se apartó del camino y se deslizó sin ruido hacia la derecha de la casa, seguido por Holland, hasta que ambos llegaron al seto.

—Tú conoces el terreno mejor que yo —dijo—. ¿Qué hacemos?

—Hay que entrar en la casa, sea como sea. Tenemos que reducir a los tres hombres que hay en ella antes de que regrese la ambulancia. Si conseguimos deshacernos del vigilante, sólo quedarán dos.

—Tú viste tres, pero tal vez haya más —dijo Holland.

—Es posible, pero aun así... Oye, tengo una idea.

Arnie pronunció unas palabras al oído de su compañero, quien hizo un gesto de asentimiento, murmurando:

—Es demasiado expuesto, pero no veo otro camino. ¡Manos a la obra!

Arnie se deslizó fuera del seto y avanzó hacia la casa, silbando despreocupadamente, mientras Holland observaba sus movimientos con ansiedad.

Como esperaba, el hombre se percató inmediatamente de su presencia y se despegó de la puerta, avanzando hacia él con la linterna en la mano izquierda.

—¡Eh! Usted —dijo al llegar junto al agente—. ¿Dónde va?

La luz de la linterna iluminó el rostro del recién llegado y el otro le reconoció al instante.

—¿Otra vez por aquí? —preguntó receloso.

—No encontré a nadie que quisiera llevarme a Portland —repuso Arnie—. Y es preciso que llegue allí esta misma noche, con que pensé que...

—Pues vaya andando —repuso el otro brutalmente—. O volando, si es que puede hacerlo, pero largo de aquí.

—Oiga. El campo es de todos, ¿no le parece? —repuso Arnie amoscado—. Yo...

—Usted se marcha de aquí ahora mismo o lo largo a puntapiés. No me gusta que ande merodeando por estos lugares.

—¿Cree que soy un ladrón? —preguntó Arnie.

—Me importa poco lo que sea. ¡Largúese!

La irritación del hombre iba en aumento.

—Está bien, hombre. Ya me voy —rezongó el agente—. ¿Puede alumbrarme hasta el camino?

—Claro que lo haré. Aunque no sea más que para cerciorarme de que se marcha.

Los dos hombres avanzaron hacia el camino. Arnie procuró situarse a la izquierda del individuo que alumbraba el suelo con la linterna.

Los dos quedaban en la zona de penumbra. Fué fácil para Arnie sacar rápidamente la mano del bolsillo y propinarle un golpe en la cabeza con la culata del arma que empuñaba por el cañón.

El hombre se tambaleó. El agente guardóse la pistola y le agarró por los brazos, evitando que cayese al suelo.

—Holland —llamó en voz baja. Su compañero apareció junto a y Arnie murmuró—. Uno menos. Ayúdame a llevarle detrás del seto.

Una vez allí dejaron a Coote detrás de los arbustos. Holland se inclinó sobre él y se incorporó con su cinturón en la mano.

Colocaron al rufián boca abajo, y le llevaron ambas manos a la espalda, sujetándoselas fuertemente con el cinturón.

—Un momento —dijo Arnie.

Metió su propio pañuelo en la boca de Coote y se reunió con Holland, llevando en la mano la linterna del forajido.

Unos segundos después estaban junto a Ja casa. Holland metió en la cerradura una de las llaves del manajo que había arrebatado a Coote, pero no servía, en vista de lo cual probó otra.

A la cuarta tentativa, la puerta se abrió y los dos hombres penetraron en la casa sumida en tinieblas, cerrando aquélla a sus espaldas.

—Ésta puede ser nuestra tumba —murmuró Holland—. Enciende la linterna. Es arriesgado, pero necesitamos saber dónde estamos.

Arnie obedeció, paseando el foco de luz por la estancia en que se encontraban.

Era una especie de vestíbulo, en el cual apenas había muebles.

Una escalera arrancaba frente a la puerta, conduciendo al piso superior. Era bastante ancha y los escalones estaban llenos de polvo.

Hasta ellos no llegaba el menor ruido, ni desde arriba ni de detrás de ninguna de las puertas que se abrían al vestíbulo. Todas las habitaciones parecían estar vacías y a oscuras.

—¿Estás seguro de que hay gente aquí? —preguntó Holland en un susurro.

—A menos que hayan salido por atrás, sí —replicó Arnie.

Encendió de nuevo la linterna, cuya luz les mostró una de las puertas ligeramente entreabierta.

La puerta cedió al ser empujada por Arnie y la luz de la linterna les mostró un largo pasillo, por el cual avanzaron los dos agentes.

—Apaga la linterna —dijo Holland.

Siguieron su avance a oscuras, resbalando las manos a lo largo de las paredes, hasta llegar a un recodo donde el pasillo formaba un ángulo recto.

Desde aquel punto percibieron una débil claridad y se dirigieron hacia ella con los nervios en tensión.

La luz provenía del suelo, y cuando se encontraron más cerca se explicaron aquélla anomalía.

En el extremo del pasillo comenzaba una corta escalera. Tal vez tenía cuatro o cinco escalones y, más allá de ellos, el débil rayo de luz seguía atrayendo sus miradas.

Sin titubear un segundo iniciaron el descenso. Una voz que llegó hasta ellos les contuvo.

—¿Eres tú, Coote?

Holland lanzó un gruñido ininteligible que podía tomarse por una afirmación y llegaron al final de la escalera.

Ante los dos agentes se abría una puerta, de la cual partía la luz que iluminaba el punto en que se encontraba. Un rumor de conversación llegó a sus oídos; se acercaron más.

Dos hombres hablaban dentro de la estancia y Arnie reconoció la voz profunda que le había interrogado arriba dos horas antes.

—No estoy tranquilo, Rimer —decía—. Tengo la impresión de que algo no marcha bien en este asunto. Scrafton ya debería estar aquí. Maskelyne avisó ayer. Hoy habrá terminado la faena y...

—Tal vez no haya podido hacerlo —repuso Rimer—. O quizá Scrafton haya perdido el tren.

—Me extraña mucho. Scrafton es muy cuidadoso y no habría dejado de avisarnos para que estuviésemos tranquilos. Tiene teléfono en el puesto.

Arnie apretó disimuladamente una mano de Holland. Al menos, ya sabían el nombre del individuo a quien perseguían en el tren.

—Toma algo para los nervios, Straham —contestó Rimer, riendo burlón—. ¿Quién va a saber que estamos aquí?

—El mal tiempo contribuya a sacarme de quicio —repuso Straham—. Dame una copa.

Rimer guardó silencio.

—Toma —dijo luego—. A mí me preocupa otra cosa —agregó—. ¿Crees que con este temporal habrán podido ser recogidos los informes?

—Lo dudo —repuso Straham—. El barco no podrá acercarse mucho a la costa y la emisora es muy potente, que digamos.

Sus palabras aclararon a Holland algunas preguntas que el

F. B. I.

, se estaba haciendo hacia algún tiempo, sobre todo quién recibía los mensajes de aquella emisora fantasma, que tan pronto transmitía desde un punto como desde otro.

Era un barco situado cerca de la costa y que estaba continuamente a la escucha, pero esta vez el temporal le impedía acercarse a ella lo suficiente para encontrarse dentro del radio de acción de la emisora montada en la ambulancia.

—Muy astutos —masculló para sus adentros.

—¡Coote! —llamó Straham, interrumpiendo sus pensamientos—. ¿Qué demonios haces?

Nadie contestó a su llamada. Dentro de la estancia se oyó el rumor de pasos avanzando hacia la puerta.

—Estará arriba —dijo Rimer—. No te preocupes.

—Te aseguro que respondió a mi llamada —dijo Straham.

—Entonces bajaría a algo y ha vuelto a subir.

Straham estaba inquieto. La luz de la estancia lanzó su sombra hacia el vestíbulo y Holland y Arnie se dispusieron a actuar, pero en aquel momento el timbre del teléfono sonó en la estancia.

La sombra de Straham desapareció de la puerta. Tanto Holland como Arnie pensaron que era la mujer la que llamaba.

—¿Halo? —La voz de Straham transpiraba ansiedad.

El silencio se hizo absoluto, mientras aquél escuchaba.

De pronto, el forajido lanzó una maldición, seguida de un torrente de juramentos y del ruido del auricular al ser colgado con violencia.

—¿Qué hay? —preguntó Rimer con ansiedad—. Malas noticias, por lo que veo.

—Malas, no; peores —explotó Straham—. Era Bay la que llamaba. Dos hombres debieron seguir a Scrafton en el tren. Bay recogió a uno de ellos en la carretera y se brindó a acompañarle cuando le oyó decir que lo que buscaba era esta casa.

—¿Dos hombres? —preguntó Rimer.

—Sí —repuso Straham con ferocidad—. ¿Qué dices ahora de mis nervios? Parece que ya no te ríes.

—¿Sabe Bay quiénes son esos hombres? —preguntó Rimer, con voz temblorosa.

—Al menos lo supone. ¿Quién va a tener interés en nosotros?

Sólo una clase de personas. ¿Imaginas quiénes son?

—Sí —dijo Rimer con voz ronca—. El...

F. B. I.

—Exacto. El

F. B. I.

Y mientras ellos nos están pisando los talones, nosotros estamos aquí, tan tranquilos, dándonoslas de listos... ¡Maldita sea! —explotó Straham.

Su interjección fué cortada por una exclamación de Rimer.

—Hay que avisar a Coote —dijo—. Tenemos que andar con cuidado.

—¿Y me lo dices a mí? —se quejó Straham—. Estamos jugando con fuego y a punto de quemarnos, Rimer. Seguramente el tipo que vimos arriba era un agente del

F. B. I.

Se encontró con el otro y si ha reconocido a Bay... Bueno... Vamos arriba.

Los dos hombres se encaminaron hacia la puerta, pero antes de que lograsen alcanzarla, Holland y Arnie surgieron ante ellos, empuñando sendas pistolas.

Los dos forajidos palidecieron al comprender que le aviso de Bay había llegado demasiado tarde.

—Vamos. Arriba las manos —dijo Arnie—. Y no pongan esa cara de primos. ¿No pensaron que el juego podía terminar alguna vez?

VIII

RIMER fué el primero en obedecer. Su mandíbula inferior temblaba con violencia y su actitud contrastaba con la frialdad de Straham, que elevó los brazos con lentitud, sin dejar de mirar a los dos agentes.

—¡Atrás! —ordenó Holland con energía—. ¡Atrás, he dicho!

Los dos hombres retrocedieron sin bajar las manos.

—Arnie, regístralos.

El agente se acercó a Rimer, mientras las aceradas pupilas de Holland no perdían de vista a ninguno de los forajidos.

Arnie deslizó sus manos a lo largo del cuerpo del rufián, despojándole de la automática que llevaba debajo del sobaco izquierdo.

—Ya tienes bastante con llevar este juguete para ir a la «gayola» —dijo con acento sombrío.

—Ahora al otro indicó Holland.

Pero Arnie no estaba dispuesto a correr riesgos innecesarios.

—Espera un poco. Voy a atar a éste si encuentro con qué hacerlo —dijo—. Anda, bandido, quítate el cinturón.

Rimer obedeció, tendiendo su cinturón a Arnie, quien le obligó a dar media vuelta y le ató las manos a la espalda con toda la fuerza de que fué capaz, mientras Holland vigilaba a Straham.

Luego le empujó con violencia. Rimer trastabilló hacia adelante, atado como estaba, y no pudo impedir que su rostro chocase contra la pared de la estancia.

—Siéntate en el suelo, alimaña —dijo Arnie. Situóse detrás de Straham y le registró concienzudamente.

—Siéntese ahí —ordenó Holland, señalando un sillón.

Straham dejóse caer en él, mirando hacia la puerta.

—Olvídese de Strafton y de Coote —dijo Holland—. El primero está muerto. Traía algo para usted, pero me permití la libertad de quitárselo. En cuanto a Coote...

—Voy a buscarle —dijo Arnie—. Vigila bien esos dos pájaros. Quiero verlos patear en la horca.

—Ata antes a Straham —dijo Holland.

Arnie amarró las manos del hombretón, quien no puso la menor resistencia, ni tampoco opuso objeción alguna cuando se le ordenó sentarse en el suelo junto a Rimer.

Arnie salió de la estancia y subió la escalera de dos zancadas. En el vestíbulo encendió la luz, ganó la puerta del exterior y cruzó la rotonda.

Estuvo a punto de lanzar una exclamación de asombro y alarma a la vez, al comprobar que Coote no estaba donde lo habían dejado.

—Ha logrado desatarse —se dijo.

Había que actuar con rapidez. Tal vez Coote había entrado en la casa por otro lado y estuviese en el sótano.

Un proyectil silbó en sus oídos. Arnie se contrajo a la vez que se volvía hacia el punto donde había sonado el disparo.

Un segundo proyectil le reveló que alguien estaba haciendo fuego contra él, parapetado detrás de la esquina de la casa.

En lugar de acercarse al seto, Arnie se apartó más y avanzó hacia la parte posterior del edificio, describiendo un semicírculo.

El agente avanzaba con la mayor lentitud y cuando llegó frente a la esquina observó con cautela frente a él.

Coote estaba allí, agazapado contra la escalera en actitud vigilante. Arnie cogió una piedra y la lanzó hacia el punto que ocupaba segundos antes.

La piedra cayó en el barro haciendo un ruido sordo y Coote disparó otra vez hacia allí.

El cárdeno resplandor del disparo acabó de señalar al agente el emplazamiento del forajido sin el menor género de dudas y continuó avanzando hacia él, hasta que se encontró a treinta yardas de distancia.

Ahora podía distinguirlo perfectamente. Coote estaba agachado en el suelo, presentando su flanco derecho al punto de mira de la pistola del agente, pero Arnie no disparó aún.

De pronto se enderezó, salvó de un salto el seto que se

interponía entre ambos y corrió hacia Coote, disparando al mismo tiempo con las dos pistolas que empuñaba.

Los disparos resonaron siniestramente en la paz de la noche. Coote tuvo tiempo de volverse para hacer frente al alud que se le venía encima, pero nada más.

Sintió el plomo abrasador de los proyectiles penetrar en su cuerpo por varios puntos a la vez, y cuando Arnie llegó a su lado, soltó la pistola que empuñaba.

El agente se detuvo.

Coote permanecía inmóvil a sus pies y era evidente que no le quedaba mucha vida, pero no era en esto en lo que pensaba Arnie, sino en aquella pistola.

A hora ya estaba seguro de quién había desatado al rufián y le había dado aquella pistola.

La mujer debió ir a Monthood para telefonar desde allí a Straham, advirtiéndole el peligro que corrían, regresando de nuevo a White Hueso para ayudarle.

Arnie sintió un escalofrío y lamentó haberla dejado escapar.

—¿Dónde estará ahora? —se preguntó.

Miró a Coote, comprobando que había dejado de quejarse. Probablemente estaría ya muerto y no podía decirle lo que quería saber, pero Arnie lo suponía.

Un negro peligro se cernía sobre Holland y también sobre él si no impedía que Bay llegase al sótano de la casa y libertase a Truhan y a Rimer.

Al pensar en Holland, Arnie dio la vuelta a la casa y estaba a punto de doblar la esquina, cuando el resplandor de los focos de un automóvil apareció en el camino.

—La ambulancia —se dijo—. Ahora sí que estamos listos.

Durante breves segundos pensó si le convenía entrar de nuevo en la casa o quedarse fuera de ella.

Recordaba las palabras de su compañero y se dijo que, en efecto, cada minuto que pasaba era más que probable que aquella casa fuese sus sepulturas.

Pero a pesar de todo entró en ella, al hacerlo el escalofrío de quien mete un pie en su ataúd.

Era preferible tratar de salvar a Holland del peligro que le amenazaba sin saberlo.

Tenía que reducir a la mujer con la mayor rapidez posible. Sólo así podrían enfrentarse con los hombres que regresaban en la ambulancia.

El vestíbulo seguía a oscuras.

Se dirigió hacia la puerta que daba acceso al pasillo, pero antes de que pudiese alcanzarla, el ruido de un disparo, seguido de otros dos más, llegó a sus oídos.

Apenas abandonó Arnie la habitación del sótano, Holland tuvo una idea al posar sus ojos en el teléfono.

Si la mujer había podido prevenir a sus cómplices valiéndose de aquel medio, era evidente que él podía pedir refuerzos por el mismo procedimiento.

Straham y Rimer permanecían sentados en el suelo, con las espaldas apoyadas en la pared. Sin dejar de vigilarles, Holland se acercó al teléfono, que descansaba encima de una librería, descolgó el auricular, manteniendo empuñada pistola.

Apenas descolgó el auricular una voz femenina llegó a sus oídos.

—Monthood —dijo—. ¿Con quién desea comunicar?

—Con la Jefatura de Policía de Portland —reto Holland con rapidez—. Soy un agente del B. I..., No pierda tiempo, por favor.

El tiempo pasaba lento y silencioso. Le pareció que había transcurrido una eternidad desde que descolgó el auricular, y volvió a pulsar la horquilla del aparato.

—¡Oiga! —exclamó—. Es muy urgente. Interrumpa todas las conferencias que se estén celebrando. Yo asumo la responsabilidad.

—Está bien —rezongó la telefonista—. Así lo haré.

—Gracias —repuso Holland—. En cuánto me haya puesto en comunicación con Portland, avise al *sheriff*. Dígame que. ¡Oiga! ¿Me oye?

Nadie contestó a su llamada esta vez. El leve rumor que se percibía a través del auricular había dejado de sonar.

Holland pulsó la palanca con mano nerviosa una y otra vez, sin percibir el menor ruido.

—Oiga, señorita, ¿no me oye?

Nadie contestó, y un sudor frío perló la frente de Holland.

—Se ha cortado la comunicación —murmuró.

Con el rostro sombrío colgó el auricular y miró a los dos

rufianes, sorprendiendo una especie de irritante ironía en los ojos de Straham.

Cada vez la invadía con más certeza el pensamiento de que estaba metido en una trampa, y se preguntó por qué Arnie no regresaba ya.

De pronto, el ruido de un disparo, amortiguado por la distancia, llegó hasta ellos, y la sonrisa de Straham se acentuó.

—Parece que está usted un poco... incómodo —dijo, burlonamente.

—Le confieso que así es —repuso Holland— pero mi situación es mejor que la suya todavía. Es posible que a mí me amenace algo, pero usted puede estar seguro de que le amenaza —agregó, avanzando la pistola.

Straham palideció al comprender el significado de aquel movimiento.

—Lamento haberle hecho perder la sonrisa —prosiguió Holland —: pero tenga la seguridad de que la primera píldora que escupa este juguete será para su estómago. Y excuso decirle que no va a poder digerirla.

El silencio más ominoso volvió a reinar a su alrededor. Un silencio semejante al de una tumba, cargado de presagios de muerte.

De arriba llegó el tronar de varios disparos más, en rápida sucesión. De buena gana se habría lanzado fuera de la estancia, pero no lo hizo al pensar que tal vez no podría ayudar a Arnie y, en cambio. Straham y Rimer quedarían sin vigilancia.

Transcurrieron algunos segundos más. No sonaron nuevos disparos, y Holland se preguntó cómo habría terminado la lucha.

De pronto un leve susurro llegó a sus oídos.

Holland estuvo tentado de apagar la luz para aprovechar en su favor la ventaja de las tinieblas, pero renunció a hacerlo porque para ello tenía que cruzar ante el marco de la puerta.

Straham estaba frente a ella y podía ver lo que sucedía en parte del vestíbulo.

De pronto chilló.

—¡Cuidado, Bay! Está escondido junto a...

La hora de las contemplaciones había terminado. Seguramente los forajidos eran muy superiores en número a Arnie y a él, y

llegaba el momento de equilibrar en lo posible la balanza.

—Ya te lo advertí, Straham —exclamó.

Al mismo tiempo disparó contra él. Su puntería era excelente y no acostumbraba a prometer en vano.

No necesitó más que un proyectil, aunque no cumplió su promesa de dispararle al estómago.

Straham encajó la bala entre los dos ojos, cuando hacía esfuerzos para arrastrarse por el suelo, y lanzó un siniestro ronquido, tras el cual permaneció inmóvil.

El disparo reveló la situación de Holland. Apenas se apagó su eco en el sótano, cuando un brazo —el brazo blanco, sedoso y mortal de una mujer— penetró en la estancia, doblándose hacia donde estaba el agente.

Holland estaba mirando aún a Straham, y no se percató de ello hasta que Bay disparó varias veces.

El agente recibió dos proyectiles en el pecho y dio unos pasos hacia adelante.

Bay penetró en la estancia y los ojos del herido se posaron en aquella hermosa y fría mujer, que representaba en aquel momento la estampa de la furia y de la venganza.

Su brazo se alzó aún lentamente hacia ella que se dispuso a disparar de nuevo, pero no lo hizo porque a Holland le faltaron los fuerzas cayó de bruces sobre la alfombra.

Bay avanzó dos pasos hacia él. En sus ojos traslucía la furia del infierno y sus rojos labios temblaban de ira.

Hasta su cuerpo escultural se estremecía bajo el elegante vestido, a impulsos de la cólera que la consumía, cuando llegó junto al agente y le golpeó bestialmente el rostro y el costado herido con su pie, diminuto y bien calzado.

Rimer comenzó a gemir como un histórico.

—Bay ¡Ha matado a Straham!... ¡Desátame! Hay otro agente arriba.

Sus palabras resonaron en el sótano y llegaron a oídos de Arnie como un clarín de aviso.

Bajaba despacio y silencioso, pensando con inquietud si aquellos disparos habrían alcanzado a su compañero, pero lo que acababa de oír le indicó que Straham había muerto y que Rimer aún permanecía atado.

Bay era la única enemiga, pero ¿qué habría sido de Holland?

El rostro de Bay palideció al acercarse a Straham y ver el redondo y diminuto agujero que le atravesaba la frente, del cual manaba aún un hilo de sangre.

Sus ojos perdieron parte de la dureza reservada para Holland, y Rimer creyó ver una lágrima en ellos, pero esto fué sólo una ilusión.

—¡Desátame, Bay! —pidió con ansiedad.

Ella no le hizo caso. Su furia creció hasta centuplicarse, mientras volvía de nuevo hasta Holland.

Él había sido quien mató a Straham. Y también le debían el estar al borde del abismo. Tenía que terminar con el agente, como si se tratase de un perro rabioso.

Sin hacer caso de Rimer, que seguía suplicándole con voz trémula que le librase de sus ligaduras, Bay se detuvo de nuevo junto a Holland, que continuaba inmóvil en el suelo.

Llevaba en la mano la pistola, y una mirada homicida brillaba en sus rasgados ojos.

En ese momento había perdido toda su belleza. No era más que una criatura infernal, cuya alma desbordaba sed de venganza, que la impelía a saciar en su víctima sus bajos instintos.

Una sonrisa de sadismo entreabrió sus labios, hechos para besar, y masculló soeces maldiciones de odio.

Holland recibió una patada en la cara que le hizo sangrar por la nariz, arrancándole un gemido de dolor. Bay bajó lentamente la mano armada, apuntándole a la cabeza con la pistola.

En aquel momento algo distrajo su atención. La silueta de un hombre acababa de aparecer en el umbral.

—Coote... —empezó a decir, interrumpiendo por unos segundos sus propósitos homicidas.

Una maldición siguió al nombre del forajido al comprobar que no era él quien estaba frente a ella, mirándola con ojos fulgurantes.

Bay levantó el brazo hacia Arnie. Era más urgente terminar con aquella amenaza, viva y letal, que rematar a Holland, que no representaba ningún peligro, de momento.

Pero no podía ganar en rapidez a Arnie, o apretó el gatillo casi al mismo tiempo que el agente.

La detonación de la pistola de Bay pareció el eco de la del Arnie.

Pero uno sólo los proyectiles encontró el blanco y Bay se

tambaleó ligeramente al recibirlo. Intentó disparar de nuevo, pero Arnie volvió a ganarle la acción y esta vez solo sonó un disparo.

Bay se llevó las manos al pecho, soltando la pistola que empuñaba, y se dobló por la cintura.

Aún hizo esfuerzos por sostenerse en pie, pero no lo consiguió y cayó encima de Holland.

Arnie se abalanzó hacia ellos. Apartó a Bay de encima de su compañero e incorporó a Holland, hasta apoyarle la cabeza en una de sus rodillas.

El herido abrió los ojos.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Muy... mal —repuso su compañero, con un hilo de voz—. Yo...

No pudo decir más. Su cabeza cayó hacia un lado y cerró los ojos.

Arnie lo levantó, acostándole en un sofá, y le desabrochó la americana, que comenzaba a empaparse de sangre.

Le desgarró la camisa, comprobando que su corazón latía, aunque tan débilmente que presagiaba escasas esperanzas de salvación.

De pronto se acordó de Rimer y se volvió hacia él.

—¿Tienen algún botiquín? —le preguntó.

—Hay algunas cosas en el cuarto de baño —repuso el forajido—. Ahí —agregó, señalando una puerta con la cabeza.

Arme se precipitó hacia ella, regresando con un par de vendas, alcohol y un par de toallas, con lo cual hizo a Holland una rápida cura de circunstancias.

Su compañero abrió los ojos, mirándole con la vista velada por la sombra de la muerte.

—Dame... agua —pidió.

Arnie volvió al cuarto de baño y regresó con un vaso de plástico lleno de agua, que Holland apuró con ansiedad.

Luego volvió a cerrar los ojos. Su compañero lo tendió de nuevo en el sofá. Se fijó en el teléfono y avanzó hacia él, pero Rimer le contuvo.

—Ya ha llamado él, —dijo, señalando a Holland—. Cortaron la línea antes de que pudiera ponerse en comunicación con la Policía de Portland.

Arnie lanzó un juramento. Aquélla era la obra de Bay, la fatídica mujer por cuya causa habían muerto ya dos hombres y otro estaba gravemente herido.

—Y yo cogido en una trampa, fuera de la cual hay dos o tres tipos dispuestos a quitarme el pellejo —murmuró.

Sin saber por qué su pensamiento se dirigió hacia Wilma y sonrió amargamente al pensar que tal vez la muchacha estuviese en su casa, amor de la lumbre, esperando que la llamase para invitarla a cenar, o pensando si Arnie le convendría para marido.

—Si estos bandidos me quitan de en medio no tendrá que quebrarse la cabeza —murmuró.

—¡Eh! —dijo a Rimer—. ¿Quién dirigía todo este tinglado?

—Ella —replicó Rimer.

—¿Se refiere a esa mujer? —preguntó Arnie, señalando el cuerpo de Bay.

El forajido afirmó con la cabeza.

—Pero... ¿no era la esposa de Straham?

—Ni pensarlo. Usted no la conocía. No hay hombre en el mundo que hubiese soportado a Bay, siendo su marido. Era todo un carácter.

—¿Para quién trabajaban ustedes?

—Lo ignoro —replicó el forajido, encogiéndose de hombros—. Ella era la única que lo sabía y nunca nos lo dijo. Pagaba bien.

—Ya lo averiguaremos —repuso el agente, y rectificó para sus adentros—. Mejor dicho, lo averiguarán otros, examinando los papeles que encuentren por aquí.

Holland parecía respirar con menos dificultad, aunque su semblante estaba pálido y el pulso apenas se notaba.

—¿Dónde estarán los tipos de la ambulancia? —se preguntó Arnie.

Era seguro que tendría que hacerles frente. La idea le hacía la misma gracia que si tuviese que enfrentarse con un tigre, pero, le gustase o no, ello no evitaría la lucha.

Tal vez ignoraban lo ocurrido en la casa y éste le proporcionaba cierta ventaja, pero tendría que actuar con rapidez si quería aprovecharse de ella.

Rimer le indicó el lugar donde podía encontrar municiones, y con ellas recargó las dos pistolas que le había quitado a Coote.

Hizo lo mismo con las armas de Holland y la suya, y se encaminó hacia la puerta del sótano, llevando una pistola en cada mano y otra en el bolsillo de la gabardina, dispuesto a presentar batalla.

IX

AL llegar ante la puerta se detuvo un instante, pero su vacilación fué corta. Un rumor de conversación llegó hasta él procedente del pasillo que había al final de la escalera, y al momento decidió cómo debía actuar.

—Les daré aquí mismo la bienvenida —murmuró.

La situación era demasiado peligrosa para andarse con miramientos. Si podía obtener allí alguna ventaja, por mínima que fuese, la balanza estaría más equilibrada.

Parecían ser dos los rufianes que avanzaban confiados por el pasillo.

Arnie no podía distinguir sus palabras, aunque sí las oía. Tal vez habían abierto la puerta con alguna llave de que disponían, puesto que él la había cerrado, y era evidente que no se habían percatado de que algo anormal estaba sucediendo.

Arnie avanzó en silencio hacia la escalera y se detuvo en su arranque, plantando ambos pies en el suelo, con una pistola en cada mano.

Todos sus sentidos estaban alertas, esperando el momento en que los dos hombres apareciesen ante su vista.

Las pisadas se acercaban con rapidez. Uno de los rufianes lanzó una corta carcajada, después de la cual distinguió otra voz.

—Son tres —se dijo.

¿Habría más en la ambulancia? Ésta era la incógnita que podía decidir el resultado de la lucha.

Estaban ya muy cerca. Dos segundos más y doblarían el recodo de la escalera.

Arnie avanzó ligeramente la mano derecha. Lanzó un gruñido cuando vio aparecer ante él a cuatro hombres, pero ya no podía

volverse atrás.

Los dos que iban delante se detuvieron sorprendidos al verle e intentaron retroceder, pero chocaron contra los que caminaban detrás, y éstos les empujaron hacia adelante, haciéndoles bajar un par de escalones, bien a su pesar.

El agente no esperó más.

Era preciso aprovechar la ventaja que le brindado la sorpresa y las dos pistolas que llevaba en las manos comenzaron a escupir fuego simultáneamente sobre los cuatro recién llegados, que, con toda seguridad, no esperaban tan caluroso recibimiento.

Los disparos resonaron casi como uno solo en el estrecho recinto del sótano y un acre olor a pólvora se extendió alrededor del agente, cuyos oídos comenzaron a sonar a causa del estruendo.

Uno de los forajidos lanzó un alarido de dolor y rodó por la escalera hasta quedar inmóvil a los pies de Arnie.

El agente retrocedió dos pasos, pero continuó disparando.

Una maligna alegría se traslucía en su rostro. El tronar de las pistolas le sonaba a música de campanas, porque cada blanco reducía las posibilidades de triunfo de sus enemigos.

Otro forajido aulló como un perro apaleado al sentirse herido.

Los dos que avanzaban en segundo término salieron indemnes del tiroteo, porque sus compañeros hicieron de cortina.

Ambos se apresuraron a retroceder y dieron la vuelta al esquinal del pasillo, sin molestarse en ayudar al herido.

Éste intentó ponerse a salvo, y fue alcanzado de nuevo por otro disparo de Arnie, pero consiguió ganar a la rastra el pasillo y perderse de vista en él.

Arnie dejó de disparar. El eco de los últimos disparos se diluyó en las profundidades del sótano, que quedó sumido en un silencio trágico y abrumador, tras los lamentos de dolor del herido que se alejaba.

La voz de Holland llegó débilmente hasta él.

—Arnie...

—Todo va bien —repuso alegremente el joven—. No te preocupes... —Y agregó para sí—:... por ahora.

Aquellos hombres lo pensarían dos veces antes de volver a intentar penetrar en el sótano.

Lo malo del caso era que ellos tampoco podían salir y se

preguntó cuánto tiempo podrían resistir allí y si el inspector Lumer acudiría en su auxilio antes de que fuese demasiado tarde.

—En el supuesto de que haya recibido el aviso —masculló.

La situación le inquietaba más por la gravedad de las heridas de Holland que por él mismo.

Sin dejar de vigilar la escalera, retrocedió hasta la puerta de la estancia.

—Ven aquí, rata —dijo a Rimer.

Éste se puso en pie con dificultad, acercándose a él. Era evidente que estaba acobardado y le miró receloso.

Arnie comprobó que sus ligaduras estaban firmes y le empujó con rudeza.

—Quédate donde estabas —ordenó—. ¿Cómo va eso, Holland? —preguntó al herido.

Su compañero replicó algo, en voz tan leve que no llegó a oídos de Arnie, y Rimer, deseando congraciarse, le transmitió sus palabras.

—Dice que no se preocupe por él.

Arnie hubiese dado cualquier cosa por adivinar los movimientos y las intenciones de los forajidos.

El ataque llegó tan inesperadamente que apenas se percató de él más que cuando los tuvo virtualmente encima.

Seguramente habían vuelto por el pasillo, tan sigilosamente que no los sintió hasta que un leve rumor denunció su presencia.

Miró hacia arriba, pero en el hueco de la escalera aparecieron tan sólo dos brazos que sostenían un fusil ametrallador, el cual comenzó a vomitar una lluvia de proyectiles que barrieron todo el sótano.

Arnie saltó dentro de la estancia al tiempo justo para no ser alcanzado por los proyectiles que zumbaron trágicamente a su alrededor, hundiéndose en las paredes o rebotando en el suelo coa siniestros chasquidos.

Detrás de los brazos apareció el resto del cuerpo de un hombre, que apuntó el fusil ametrallador hacia la puerta de la estancia.

Varios proyectiles penetraron en ella, cortando de raíz la intención del agente de saltar de nuevo fuera de la habitación.

El rufián tenía el rostro aplastado, tal vez a puñetazos, y sus ojos brillaban siniestramente, mientras descendía la escalera sin dejar de

disparar.

Los otros dos bajaron detrás de él. El herido renqueaba penosamente, pero también intervenía en la lucha.

La lluvia de plomo siguió abatiéndose sobre la puerta de la estancia. Arnie estaba parapetado a un lado de ella, con la pistola en la mano, y percibía el crepitar de los proyectiles que atravesaban el umbral.

La situación era desesperada. La superioridad de las armas de los rufianes les proporcionaban una enorme ventaja sobre el agente, sin contar con la diferencia de número.

Si conseguían entrar en la habitación, todo estaría irremisiblemente perdido.

En aquel momento, Rimer lanzó un gemido. Arnie levantó los ojos hacia él y le vio caer junto al cadáver de Straham, acribillado a balazos con las manos desatadas.

—Si al menos pudiese cerrar la puerta —se dijo.

Et crepitar del Fusil ametrallador se apagó en el vestíbulo y dejó de caer el chaparrón de balas.

Sin dudarlo un segundo, Arnie cruzó la puerta de un salto. Un disparo aislado saludó su fugaz aparición en el hueco y dos hombres se lanzaron hacia él.

Arnie agarró la puerta, empujándola con violencia, y el pestillo encajó en su alvéolo con un ruido seco.

Los dos forajidos cargaron contra la puerta, pero Arnie dio la vuelta a la llave y saltó hacia un lado.

La situación había mejorado ligeramente. ¡Aquella débil plancha de madera constituía un obstáculo que los forajidos habrían de salvar si deseaban terminar con ellos!

El fusil ametrallador volvió a disparar y los proyectiles practicaron en la puerta numerosos orificios alrededor de la cerradura.

Las robustas espaldas del boxeador cargaron de nuevo contra la puerta, que retembló de un modo poco tranquilizador. Arnie disparó por dos veces y Summer saltó fuera del alcance de los proyectiles.

El agente se apresuró a amontonar detrás de la puerta dos sillones, la mesa y la librería, tras arrojar todos los libros al suelo. Luego amontonó también éstos, porque podían constituir un

magnífico freno para las balas.

—Arnie —llamó Holland. Y cuando aquél se encontró a su lado, agregó—: Déjame en el suelo, y arrima también el... sofá.

A pesar de su estado se percataba de la gravedad de la situación. Arnie sonrió amistosamente y siguió su consejo, situándolo en un rincón, fuera de la línea de tiro del fusil ametrallador.

Sentóse a su lado, dispuesto a esperar los acontecimientos.

Un silencio de muerte volvió a enseñorearse del sótano. Sólo un lejano y persistente rumor que ya habían escuchado antes se dejaba oír, sin que pudiesen identificar su procedencia.

—¿Lograste comunicar con Portland? —preguntó a Holland.

Éste movió la cabeza.

—No lo sé —repuso—. Algo o alguien cortó la línea... mientras esperaba...

—¡Mala suerte!

—La telefonista... sabe que estamos... aquí —continuó Holland con un hilo de voz—. Si se le ocurriese...

Las fuerzas le faltaron, impidiéndole continuar. Y Arnie pidió al cielo que la telefonista se hubiese percatado de la situación en que se encontraban.

Sacó un cigarrillo y lo encendió, enviando una columna de humo hacia el techo.

—¿Tienes otro para mí? —preguntó Holland.

—Desde luego, pero no sé si te hará bien.

—¿Qué importa eso ahora?

Arnie le puso un cigarrillo entre los labios y se lo encendió. Los dos hombres fumaron unos minutos en silencio, sin dejar de pensar en los forajidos que estaban fuera.

Los ojos de la funesta Bay estaban fijos en ellos y parecían burlarse de su situación.

De fuera no llegaba el menor ruido. Holland preguntó:

—¿Se habrán marchado?

—No lo creo —repuso Arnie—. De todas formas...

No dijo más. Volvió a mirar hacia la puerta de la estancia; pero el ataque llegó en aquel momento por donde menos lo esperaban.

Una violenta explosión se dejó oír en el cuarto de baño.

Arnie se puso en pie de un salto, y precipitándose hacia allí, y al abrir la puerta una nube de polvo penetró en la estancia.

Los forajidos habían volado un trozo de la pared del baño que daba a la escalera. El amplio boquete les ofrecía un buen paso, pero Arnie no estaba dispuesto a dejar que alguno lo cruzase.

El primero que apareció en él fue saludado por el seco ladrido de la pistola del agente del

F. B. I.

, y retrocedió lanzando alaridos de dolor.

Después de aquella muestra de su excelente puntería nadie intentó penetrar por el boquete, y Arnie, satisfecho, cerró la puerta del baño.

Parte de los muebles que había acumulados detrás de la otra puerta fueron a reforzar aquélla, y, una vez hecho esto, regresó junto a Holland.

—Parece que... —comenzó a decir.

No pudo continuar. Una nueva explosión, más potente que la anterior, conmovió la estancia en sus cimientos.

Arnie se arrojó sobre Holland, cubriéndole con su cuerpo.

Trazos de ladrillo y cal, astillas de la puerta y restos de muebles destrozados por la explosión zumbaron a su alrededor, chocando contra la pared y llenándoles de polvo los ojos y las ropas.

El agente disparó hacia la puerta, pero nadie apareció en ella.

Había llegado el fin. Los forajidos disponían de dinamita y seguramente no tardarían en arrojar un cartucho dentro de la estancia, para velarlos en pedazos.

Dispuesto a vender cara su vida, Arnie arrastró a su compañero a un lado y se tendió en el suelo, frente la destrozada puerta.

Durante un par de minutos largos, desesperantes, nada sucedió.

De pronto, la silueta de un hombre armada con un fusil ametrallador se dibujó en el marco.

Arnie apretó el gatillo antes de que el otro comenzase a disparar. El forajido soltó el arma y cayó al suelo, pero el que estaba detrás de él disparó a su vez.

El agente notó un choque seco contra su cabeza y se contrajo vivamente.

En aquel momento llegó de arriba un estruendo espantoso, como si una legión de demonios hubiese asaltado la casa.

Arnie lo percibió vagamente, mientras hacía esfuerzos por conservar el sentido.

Tenía la sensación de que un proyectil se había alojado en su cerebro, a juzgar por el choque brutal que acababa de sufrir y la sangre que le resbalaba por el rostro, caliente y viscosa.

Cayó al suelo, al mismo tiempo que todo se oscurecía ante sus ojos.

Lo último que percibió, antes de hundirse en la nada, fué un hombre de rostro repulsivo que saltaba hacia él con una pistola en la mano; pero no llegó a ver el resplandor del disparo ni sintió la detonación.

Para Arnie Fordyce nada de este mundo existía ya.

—El temporal ha estropeado la línea —se dijo la telefonista de Monthood.

Pero cambió de opinión al recibir llamadas de puntos más distantes que White House, y no tardó en sacar sus propias conclusiones.

—Ha sido la línea de la villa —murmuró.

Aquello, unido a lo que acababa de oír de labios de Holland, le dio que pensar y decidió que nada perdía con ponerlo en conocimiento del *sheriff*.

La primera autoridad de Monthood se había acostado ya, pero no tardó en aparecer en la ventana que se abría sobre la puerta, atraído por las repetidas llamadas de la telefonista.

—¿Qué quieres a estas horas? —preguntó desabridamente—. ¿Es que os habéis puesto de acuerdo para no dejarme dormir esta noche?

La muchacha respondió, angustiada:

—Un hombre acaba de hablar desde White House. Me dijo que era un agente del

F. B. I.

, y que le pusiese al habla con La Jefatura de Policía de Portland. Dijo que era urgentísimo, y que cortase todas las conferencias que se estuviesen celebrando. Le di línea, pero se cortó la comunicación...

—Bueno: —comenzó a decir el *sheriff*—. Eso...

—Es que... —tartamudeó Mónica—. Sospecho que alguien ha cortado la línea de White House.

El *sheriff* perdió de pronto el sueño.

—¡Diablo! —exclamó—. Avisa inmediatamente a la Policía de Portland, muchacha. Rápidamente, ¿lo oyes? Yo voy para allá.

Mónica corrió hacia la Central, encasquetándose los auriculares y marcó la señal de urgencia que le daba preferencia sobre todos los servicios.

Tardó poco, cuatro minutos a lo sumo; pero antes de que contestase la Policía de Portland, el *sheriff* Woodrich estaba ya a su lado, acabando de vestirse.

El inspector Lumer estaba sumido apaciblemente en la lectura de un libro, cuando el teléfono sonó a su lado.

Su esposa cogió el auricular y se lo tendió, diciendo:

—Es para ti. Urgente.

—¡Hallo! —dijo el inspector.

Era el sargento Bramhs. Habló atropelladamente durante unos segundos y Lumer le interrumpió, captando con inteligencia la gravedad de la situación.

—Voy para allá inmediatamente —dijo—. Reúna cuántos hombres pueda encontrar y disponga el automóvil más veloz del parque.

Colgó el auricular.

Unos segundos más tarde, un taxi le conducía hacia la Jefatura de Policía, y doce minutos después de la llamada de Mónica desde Monthood, dos coches ligeros de la Policía infringían todas las reglas del tráfico, deslizándose por la carretera a una velocidad suicida.

Las ruedas gemían sobre el mojado asfalto al tomar las curvas. En los rostros de algunos de sus hombres se reflejaba el temor, pero no por eso ordenó Lumer disminuir la velocidad.

Media hora después, los dos coches policiales se detenían ante los asombrados ojos del *sheriff* Woodrich, que les esperaba en la central de teléfonos.

No hizo ninguna pregunta. Lumer le reconoció al instante e invitó:

—Suba.

El *sheriff* se acomodó a su lado y los dos coches continuaron hacia White House, guiados por Woodrich.

—¡Quiera Dios que lleguemos a tiempo! —masculló el inspector.

Poco después los dos automóviles tomaban la curva del camino

que conducía hacia la casa y avanzaron por él con una velocidad incompatible con el estado del terreno.

Woodrich tragó saliva, pero disimuló su miedo lo mejor que pudo.

Cinco minutos más tarde los dos vehículos se detenían ante la casa, en el mismo instante en que desde lo más profundo de sus cimientos llegaba hasta ellos una sorda explosión.

—Que me ahorquen si eso no es dinamita —masculló el inspector.

Sus hombres arremetieron contra la puerta sin pérdida de tiempo, pero aquélla resistió a sus esfuerzos.

—Dispare contra la cerradura —ordenó al sargento Bramhs.

Una ráfaga de proyectiles la destrozó, pero algún trozo de hierro debió quedar empotrado en alguna parte y la puerta no se abrió.

—Tal vez esté atrancada por dentro con un cerrojo —opinó Bramhs.

Lumer lanzó un gruñido.

—Hay que derribarla como sea —masculló.

Un ruido sordo de disparos llegaba hasta ellos, con largas intermitencias que aumentaban su malestar.

Lumer apenas si sabía qué hacer. Lamentaba no haberse provisto de hachas, pero aquello ya no tenía remedio.

Comenzaba a darse a todos los diablos, cuando uno de los conductores se acercó a él.

—¿Me deja probar, inspector? —preguntó.

Lumer afirmó. En aquel momento habría aceptado la ayuda del propio Satanás, si se la hubiese ofrecido.

La ambulancia que los forajidos recién llegados habían dejado ante la puerta permanecía allí.

El conductor de la Policía rompió de un golpe el cristal de una de las ventanillas y abrió la portezuela.

Antes de acomodarse detrás del volante rompió el cristal del parabrisas y subió al vehículo, poniéndolo en marcha.

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó Lumer con curiosidad.

—Ahora lo verá —repuso el conductor—. ¡Quítense de ahí! —chilló a los policías que permanecían junto a la puerta.

Dio marcha atrás por espacio de medio centenar de yardas. La ambulancia se detuvo un segundo, y luego comenzó a avanzar cada

vez a mayor velocidad.

—Ese hombre está loco —masculló Lumer, comprendiendo lo que se proponía hacer—. ¡Eh! ¡Deténgase...!

—Déjele, inspector —repuso el sargento—. No es la primera vez que lo hace. A Grad le divierte hacer el asno...

El golpe fué terrible.

El bajo escalón de la puerta detuvo un tanto el ímpetu de la ambulancia lanzada contra ella, pero de todas formas el vehículo chocó con la madera a una velocidad de veinte millas por hora, y la puerta saltó hecha astillas.

El vehículo llegó al vestíbulo de la casa, arrancando los restos de la puerta que habían resistido la embestida, y los agentes penetraron en tromba por el hueco abierto.

Grad se apeó de la ambulancia con la mayor tranquilidad. En su ancho y rojo rostro brillaba una sonrisa de triunfo, mientras explicaba.

—El peligro estaba en el cristal del parabrisas. Por eso lo rompí. No es la primera...

Se detuvo, porque nadie le escuchaba. Una segunda explosión resonó en el sótano y esta vez el estruendo llegó claramente al vestíbulo, haciendo que los agentes, guiados por ella, se lanzasen hacia la puerta que se abría a su izquierda.

Mientras corrían por el pasillo oyeron algunos disparos aislados.

Lumer bajó la escalera de dos saltos, pero no dejó de fijarse en el boquete abierto en la pared del baño por la primera explosión y penetró en él, seguido por dos agentes más.

Las espaldas de dos hombres se perfilaron ante él, entre una nube de polvo. Estaban inclinados hacia adelante, disparando contra alguien a través de la puerta.

Al parecer no se habían percatado de la presencia de la Policía, y penetraron en la estancia inmediata.

El cuerpo de otro hombre estaba atravesado en el baño. Y Lumer saltó por encima de él.

De la habitación contigua no llegaba el tronar de nuevos disparos y el inspector se dijo que aquello era una mala señal.

Asomóse a la puerta y estuvo a punto de lanzar un grito de aviso y de alarma a la vez.

Un hombre de fornidas espaldas estaba detenido ante el cuerpo

de otro, caído en el suelo, a cuya cabeza apuntaba con una pistola.

El inspector no reconoció a ninguno de los dos, pero tuvo inmediatamente una corazonada y saltó hacia él primero, aferrándole por la muñeca en el preciso instante en que apretaba el gatillo.

El proyectil se incrustó en el techo de la estancia y el forajido intentó zafarse de la garra del inspector, pero se vio sujeto por fuertes brazos. Alguien le torció la muñeca y el arma cayó al suelo.

Mientras tanto, otros dos agentes cayeron sobre Watts, reduciéndole a la impotencia, y los dos forajidos fueron arrastrados fuera de la estancia, con formas poco amables, por los policías.

Lumer y el sargento pasearon la mirada a su alrededor, abriendo desmesuradamente los ojos al contemplar el cuadro dantesco que se ofrecía ante ellos.

Arnie y Holland estaban tendidos en el suelo. El primero frente a la puerta del baño y el segundo un tanto desviado de ella.

Cerca de Holland permanecían inmóviles los cuerpos de Rimer y Straham, convertidos en sangrientos pingajos, y al fin, los ojos de los dos policías se posaron en Bay, encogida sobre sí misma en el centro de la estancia.

—¡Por todos los Cielos! —exclamó el inspector—. ¡Vaya carnicería!

—¿Cuáles son los agentes? —preguntó el sargento.

Lumer se los señaló. Aquél se arrodilló junto a Holland y el inspector lanzó una somera mirada al cuerpo de Arnie.

Cuando se levantaron de nuevo, al cabo de pocos segundos, los dos hombres se miraron sombríamente.

—Este vive aún —dijo el sargento—. Pero...

—Corra arriba —ordenó el inspector—. Pregúntele a Grady si es capaz de poner en marcha la ambulancia ésa. De otra forma, no respondo de la vida de ninguno de los dos.

La habitación era completamente blanca. Las paredes, los muebles y hasta las personas que se movían alrededor de Arnie y de Holland, les parecían a ambos blancas manchas que no conseguían fijar en sus cerebros.

Arnie volvió a cerrar los ojos, deslumbrado por tanta blancura.

—Ya ha despertado —dijo alguien a su lado.

Creía estar soñando. La voz sonaba muy cerca. Entonces, ¿no

estaba muerto?

La voluminosa figura del inspector Lumer indinóse sobre él y Arnie percibió su rostro sonriente.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó.

—Bien —repuso Arnie—. ¿Qué sucedió allí? Creí que aquel tipo había disparado sobre mí.

—Lo hizo una vez, pero llegamos a tiempo de evitar que le volase la tapa de los sesos. El proyectil se llevó parte del cuero cabelludo, y ha sangrado usted mundo.

—¿Y Holland..., mi compañero?

—Lo tiene usted aquí, al lado. Está muy grave, pero hay esperanzas de que logre salvarse.

Arnie se miró las manos, llevándose una de ellas a la cabeza, para comprobar que la tenía vendada.

—No le molesten más —dijo una voz detrás del inspector.

Lumer le apretó una mano.

—Buena suerte a los dos —dijo.

Poco después de haberse marchado entró una enfermera. Arnie la siguió con los ojos y su vista chocó con Holland, que no daba señales de vida.

La enfermera se acercó a él. Era rubia y tenía unos dientes perfectos, aparte de otras delicias que Arnie no pasó por alto, a pesar de su estado.

—Tómese esto —le dijo, alargándole el vaso que llevaba en la mano.

—Dándomelo usted, aunque fuera veneno —dijo.

—Le advierto que casi lo es.

La muchacha tenía razón. Arnie apuró la pócima de un trago, haciendo gestos de ascos.

—¿Qué demonios me ha dado usted? —preguntó el agente—. Bueno, encanto. Es lo mismo...

La enfermera le arregló la ropa, alejándose hacia la puerta de la estancia, y su cuerpo fué lo último que vio Arnie antes de rendirse a los efectos del soporífero.

Cuando entró en el cuarto, Arnie entreabrió los ojos, distinguiendo su gentil silueta en medio de una niebla blanquecina.

La muchacha se acercó a él y el herido cerró los ojos.

—¿Está dormido? —preguntó Wilma.

—Creo que si —repuso la enfermera.

—Es un gran muchacho.

Wilma se inclinó sobre Arnie y le besó en la frente. Luego las dos mujeres se alejaron hacia la puerta.

—¡Chist! —Hizo Arnie.

La muchacha se volvió, sorprendida. Arnie la miraba sonriendo y guiñó un ojo con cierta torpeza.

—¿Dónde tienen que atizarle a uno para que le besen en los labios? —preguntó el agente.

Intentó sonreír de nuevo, pero tenía tanto sueño que sólo consiguió emitir una mueca sin expresión.

Wilma enrojeció ligeramente y dudó un segundo. Luego se inclinó otra vez sobre él y depositó un beso en los resacos labios del agente.

Antes de hundirse en el infinito espacio del sueño, Arnie pensó:

—Le he ganado la apuesta a Holland, pero le perdonaré los diez dólares. ¡Es todo un tipo!

FIN

EDITORIAL ROLLAN



GANGSTERS = DUREZA
VAMPIRES = PASION
KILLERS = CRUELDAD

EDICOLOR, S. A., MADRID - 1960

**PRECIO DE ESTE
VOLUMEN: 6 PTAS**

